860.82
Sp24
v. 515

Neera

REMOTE STORAGE

GREGORIO E

A. T

TRADUCCION DE

HIST

REVOLUCIO

1789

Cuaderno 1.°

515:1

AMOR Y AMISTAD.

Comedia en tres actos y en verso,

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ NIEVA.

Representada con aplauso en el teatro del Instituto Español en el mes de Junio de 1852.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 16 de Abril del presente año.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Junio de 1852.

PERSONAS.	ACTORES.
TERESA.	*Sta. Revilla (D.ª Rita).*
MARÍA, *su prima.* . . .	*Sta. Sabater.*
FERNANDO, *esposo de Teresa.*	*Sr. Alverá (D. Antonio).*
ROMAN.	*Sr. Alverá (D. José).*
MANUEL.	*Sr. Llorens.*
DON BALTASAR, *padre de Teresa.*	*Sr. Diez.*
JOAQUIN.	*Sr. Pardiñas (D. Jorge).*
LUCÍA.	*Sta. Bueno.*

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

Acto primero.

Sala amueblada con lujo: dos puertas en el fondo y otras dos á la izquierda del actor: á la derecha un balcon; recado de escribir encima de un velador.

ESCENA PRIMERA.

TERESA. LUCÍA. MARÍA, *sentada en un sillon, y sumamente preocupada.*

Teresa. Ya lo has oido: hoy, Lucía,
no recibimos á nadie.
Lucia. Ni á don Joaquin?
Teresa. Estás loca?
no debia perdonarte
mi primita... A su futuro
quieres la puerta cerrarle?
Lucia. Ay! es verdad!
Teresa. Don Joaquin
es de la familia; sabe
que va á almorzar en el campo
mi esposo, y es muy probable
que nos haga compañía.
Lucia. Es muy justo; hasta la tarde
no volverá ya el señor,
segun Roman.
Teresa. Mira, dale
la orden á ese majadero;
no venga algun personage...
Lucia. No hay que temer; hoy la puerta
á don Joaquin solo se abre. (*Vase.*)

ESCENA II.

TERESA. MARÍA.

Teresa. Alce usted esa cabeza,
señorita.
Maria. Distraida!...
Teresa. Cuándo veré yo, querida,
disipada tu tristeza?
Maria. Qué quieres? mi situacion...
Teresa. No es hoy tan desesperada:
jóven, bella y adorada...
Maria. Buena es la suposicion!
Teresa. Te atreverás á dudar
del amor de don Joaquin?
Maria. Jamas le creí.
Teresa. A qué fin
se habia de aventurar
á solicitar tu mano
tan formal, si no te amase?
No creo yo que abrigase
el pensamiento villano
de abusar...
Maria. Nunca inquietud
le dió á mi mente esa idea;
por muy seductor que sea
un hombre...
Teresa. La rectitud
de tus principios no ignoro.
Fuera ofenderte pensar
de otro modo: mas dudar
de su amor!... Mayor tesoro,
segun me ha dicho mil veces,
no encuentra, que tu ternura:
con tu gracia y tu hermosura
y tu juicio le enloqueces.
Y en fin,... pero sé sincera...
aqui hay misterio... verdad?
á pueril curiosidad
no achaques el que yo quiera
fondear tu corazon.
Tú amas á otro...

Maria. Prometo,
si guardas fiel el secreto,
hacerte una confesion.
Teresa. Con que, con esas andamos?
Maria. Dias hace que intentaba
decirte...
Teresa. Lo recelaba
de tu tristeza... Veamos.
(*Cierra las puertas del fondo, y se sientan en un sofá las dos.*)
Solas estamos en casa;
oportuno es el momento;
con que, tomemos asiento
y sepamos... qué te pasa?
Maria. Oyeme.— Aunque en noble cuna
como la tuya he nacido,
sabes tú que he carecido
de los bienes de fortuna.
No ignoras la enemistad
que en nuestras familias hubo;
de parte de quién estuvo
la razon, temeridad
el decirlo en mí sería.
Mis pobres padres han muerto,
y encuentro en tu casa un puerto
de salvacion, este dia.
En un pueblo harto mezquino
hemos vivido olvidados,
arrostrando resignados
los rigores del destino.
Perdido habia á mi madre
siendo muy niña... lloré,
¡ay! mas me desesperé
cuando perdí mi buen padre.
No estrañarás que el quebranto
llegue mi voz á embargar:
no puedo en ellos pensar
sino bañada de llanto!
Ese golpe tan tremendo
vino á alcanzarme en el dia
en que ya la estrella mia
menos cruel iba siendo.

—Un jóven honrado, bueno,
alli el cielo me mandó;
desgraciado como yo,
pero de virtudes lleno.
Huérfano el pobre, modelo
de lealtad y nobleza,
con talento y sin riqueza,
confiando siempre en el cielo,
y sufriendo los rigores
del mundo con osadía,
partir conmigo queria
sus risas y sus dolores.

Teresa. T tú le amaste?

Maria. Le amé
con delirio, con pasion;
mi vida, mi corazon,
con placer le consagré.
Tú, que has sido venturosa,
no puedes, prima, apreciar
lo que es llegar á escuchar
la voz franca y amorosa
de un amigo tierno, fiel,
que te adora con pasion,
solo por tu corazon;
no por el falso oropel
que halaga á la juventud;
no puedes saber, Teresa,
cuál queda en el alma impresa
la dulce solicitud
del que, al verte en la indigencia
y al contemplar tu dolor,
te ofrece unir por amor
su existencia á tu existencia.

Teresa. Eso es delirar!...

Maria. En fin,
ahora que estás enterada,
respóndeme, prima amada,
debo amar á don Joaquin?

Teresa. Ya lo creo: sí, que debes;
tan amable!... tan rendido!...
Un hombre que te ha ofrecido
su mano... cómo te atreves

á dudar que le amarás?
Para desdenes estamos!...
en los tiempos que alcanzamos
no piensan como él los mas.
Yo te lo ruego; es preciso
que pienses seria en amarle.
Procura al otro olvidarle:
le quisistes, y te quiso,
y vino despues la ausencia,
y los tiempos han cambiado,
y los dos habeis quedado
á la luna de Valencia.
No es esto precisamente
lo que se ve cada instante?
Nuevo pais, nuevo amante!
es ya moneda corriente.
Verdad que vas á seguir
mis consejos? Fuera sueños!
Qué dias mas halagüeños
veo para tí venir!

Maria. Por Dios, Teresa...

Teresa. Disfruto
de pensarlo nada mas...
qué placer!... Te casarás
cuando te quites el luto.
Vaya! Y no quiere alegrarse,
y á reirse se resiste!
qué muchacha se halla triste,
cuando le hablan de casarse?
Aconséjate de mí:
lo vas á hacer? sí, María;
voy á ser desde hoy tu guia.
Tambien yo un tiempo sentí
eso que llamas pasion
terrible, devoradora!...
mas con gozo veo ahora
que era una pura ilusion.
Pues sí; para que no ignores
que debo ser docta en eso;
óyeme: — tuve un acceso
de románticos amores.

Maria. Tú, Teresa!

Teresa. Hace cuatro años.
Maria. Y sin que supiera nada?...
Teresa. Fue cosa muy reservada:
escucha, pues, desengaños.
—Procurando libertarme
del fastidio allá en mi aldea,
concebí la linda idea,
María, de enamorarme.
Los obsequios admití
de un jóven fino y amable,
que, á estas horas, es probable
que esté difunto por mí!
Maria. De veras!...
Teresa. Son cosas mias;
lo tomabas por lo serio?
no se alquila el cementerio
por amor en nuestros dias.
He hablado de esa suerte,
porque en sus cartas decia:
«tu amor es la vida mia,
sin tu amor quiero la muerte!»
Y cada dia el afan
de los dos iba creciendo;
yo suspirando, él gimiendo,
cartas vienen, cartas van:
los dias se nos pasaron
sin sentirlos... pero ¡ay prima!
nos cayó el nublado encima;
las ilusiones volaron.
Sorprendida por papá,
que no aprobó mi eleccion,
le dije á mi corazon...
—pobrecito, quieto ya.
Sin oponer resistencia
á lo que era por mi bien,
á todo contesté amen.
Fuerte remedio en la ausencia
á mi enfermedad pusieron;
vine á Madrid, y en dos dias
curada ya me veías
de las heridas que hicieron
en mi tierno corazon,

los suspiros del mortal
que en aquel pueblo infernal
se quedó haciendo el huron.

Maria. Y no sabes de él qué ha sido?

Teresa. Ni quiero saber tampoco:
supongo que poco á poco
estinguiéndose habrá ido
en su pecho el fuego aquel,
que con mi amor encendí,
y hoy se acordará de mí
como me acuerdo yo de él.

Maria. Y si no pudo apagar
la llama que le abrasaba?
Si en tí su dicha cifraba,
si le hicistes esperar
un porvenir halagüeño
con tu amor y tu ternura,
cuál será su desventura!...

Teresa. Veria en todo ello un sueño:
no habrá vuelto ya á dormirse
para no vivir soñando,
y se habrá ido consolando
sin pensar, prima, en morirse.
Ay! pregúntale á Lucía,
que mi confidente era,
la patética manera
con que yo la dije un dia...
—Papá, á una eterna amargura
me ha querido condenar;
pues bien, que empiece á cavar
para mí una sepultura!—
Pero me fuí consolando,
y lloré de regocijo
aquel dia en que me dijo...
—Mira que quiere Fernando
casarse contigo.—Sí?
Ay qué gusto!—sin rebozo
esclamé; es todo un buen mozo;
disponga al punto de mí.
Y dispuso antes de un mes;
no hubo amor ni por asomos;
mas nos casamos, y somos

felices los dos, cual ves.
Tú harás lo mismo.

Maria. Teresa!

Teresa. Pues si eso es lo que sucede;
es la costumbre!...

Maria. No puede
mi fé con la costumbre esa.

Teresa. Y lo que he podido yo,
no podrás tú?... disparate!

Maria. Vano es que intentarlo trate.

Teresa. Y no has de olvidarle?

Maria. Ah! no.

Teresa. Dios mio, qué pesadez!
qué ridícula constancia!
y la ausencia? y la distancia?

Maria. Que no, te digo otra vez.

Teresa. Ay! antes que ese amor tome,
María, mas incremento,
no te olvides un momento
que con amor no se come.
Por último, considera
bien que mi tio querido
nunca hubiera consentido
en que tal boda se hiciera.

Maria. Lo sé, Teresa, lo sé,
y eso aumenta mi dolor:
desaprobaba este amor,
que en vano ahogar intenté
para complacerle, un dia,
y mi seno desgarrando,
me lo repitió llorando
en la hora de su agonía!
Hija tierna, tambien yo
me consagré á la obediencia,
y envenené la existencia
del infeliz que me amó!

Teresa. Quizá obstáculos habria,
y tu papá...

Maria. No, ninguno.

Teresa. Por lo pronto veo yo uno.
Aquel jóven no tenia
mas que su llama amorosa...

Maria. Tenia noble ambicion,
y con fé en el corazon
y la esperanza dichosa
de ser venturoso, al lado
de la que ama, no te asombre,
el mas idiota halla un nombre,
y la suerte que ha soñado.

ESCENA III.

DICHAS. LUCÍA.

Lucia. Señora!...
Teresa. Qué traes, Lucia?
Lucia. Qué chasco!
Teresa. De dónde vienes?
Lucia. Cuando usted sepa...
Teresa. Qué tienes?
Lucia. Temblando estoy tadavia.
Asómese usted, por Dios,
á ese balcon.
Teresa. Bah! qué afan!
Lucía. (*Mirando por el balcon.*)
A ver si hay tiempo!... aun estan
frente á la puerta los dos!
Teresa. (*Asomándose al balcon.*)
Calla! pues vuelve Fernando
con un caballero... (*A Lucía.*) Es él!...
Lucia. El mismo.
(*Se asoma María y asustada dice:*)
Maria. Cielos! Manuel!...
Teresa. (*A María.*)
Cómo!... Es?...
Maria. (*Con desaliento.*) Sí!...
Teresa. Estoy soñando?
Pero es acaso?... (*Con afan.*)
Maria. Sí, sí.
Teresa. Dios mio!... Con Fernando él!
qué querrá?
Maria. Suerte cruel!...
Lucia. El diablo le trae aqui:
(*A María.*)
pero, usted lo conocia?

Maria. Yo no quiero que me vea.
(*Huye por la puerta primera de la izquierda.*)
Teresa. Ni yo tampoco.
(*Huye por la segunda puerta izquierda.*)
Lucia. Ea, ea!...
no es mala la algarabia.
(*Se va por la misma puerta que Teresa.*)

ESCENA IV.

MANUEL. FERNANDO. ROMAN.

Fernando. Por fin te veo pisar
mi casa. Te has convencido
que es ridículo, querido,
el hacerse asi rogar?
Manuel. Pero, hombre, vas á tener
que ir á privarte por mi?...
Fernando. Estar al lado de tí
es hoy mi mayor placer.
Con que, tomemos asiento,
porque ya no te permito
las escusas.
Roman. (*A Manuel.*) Señorito!
Manuel. Este es Roman!...
Roman. Al momento
que entró usted, le conocí.
Manuel. Y cómo va?
Roman. Bueno y sano;
y usted?
Manuel. Bien: venga esa mano!
Cuánto me acuerdo de tí
algunas veces!...
Roman. De veras?
muchas gracias.
Fernando. (*Sentándose en un sofá.*) Buen truan!
Vaya, déjanos, Roman.
Roman. Bien venido. (*Se va por el fondo derecha.*)

ESCENA V.

MANUEL. FERNANDO.

Fernando. Si quisieras
tirar por ahi el sombrero...
Manuel. Para hablar no me embaraza.
Fernando. Ya ves tú con la cachaza
que arrellanado te espero.
Manuel. (*Sentándose.*)
Ha de ser lo que tú quieras!...
Fernando. Claro está!... buen Manolillo!
Con que, una vez que te pillo
despues de un siglo!... de veras,
prefiero no ir.
Manuel. Mas yo tuerzo
tus planes.
Fernando Vas á empezar?
Cumplo, chico, con honrar
con mi presencia el almuerzo.
Ya ves: son mis compañeros
de oficina, francos todos;
les he dicho de cien modos
que no son muy placenteros
esos ratos para mí,
y se darán por contentos
con verme breves momentos
en su compañía, sí.
Manuel. Bien lo sabes componer.
Fernando. No hablemos de eso ya mas.
—Con que, vamos, tú dirás...
qué ha sido de tí?... hombre... á ver!
Manuel. Como siempre, chico, andando
por este mundo fatal...
Fernando. Donde te va bien ó mal?
Manuel. Asi, asi; voy marchando,
abriendo á los resplandores
del desengaño mis ojos,
y encontrando solo abrojos
en donde otros hallan flores!
Fernando. Segun eso, tu existencia...
Manuel. Como en la época pasada,

está, Fernando, sembrada
de dolor; mas resistencia
encuentro en mi corazon
para llevarla, y espero
el premio al fin verdadero
de tanta resignacion.

Fernando. No es lo peor, si te se alcanza
que tras del mal está el bien.

Manuel. Jamas miré con desden
la estrella de la esperanza.
El fiero hambre, la indigencia,
todo lo arrostré valiente,
por henchir mi loca mente
con el vapor de la ciencia.
Concluí al fin la carrera,
que seguí con harta fé,
y á mi pueblo regresé,
muy diferente del que era.

Fernando. Desde entonces no nos vemos:
varias veces me escribiste
y vi que seguias triste.

Manuel. Los jóvenes nos hacemos
mil ilusiones, y el dia
en que las aulas dejamos,
un nuevo estudio empezamos
mas penoso todavía.
Estudio amargo, profundo,
que escusaré ponderarte,
porque ese estudio es el arte
de conocer este mundo.
Arte que no basta un año,
ni dos, ni cuatro... quimera!
absorve la vida entera
el libro del desengaño.
Pues bien, desde aquellos dias,
la amarga verdad buscando,
estoy, Fernando, estudiando
en sus páginas sombrías!
No te causará estrañeza
á tí, que tienes talento,
el saber que ha ido en aumento
desde entonces mi tristeza.

Fernando. Pero, hombre, si bien se mira,
el mundo...
Manuel. Yo le he mirado
cual se debe, y he hallado
que todo en él es mentira.
Fernando. Ay! por Dios, no hiles tan recio.
Manuel. Tal el mundo es para mí;
y en no pensar de él asi,
sería, Fernando, un necio.
Fernando. En fin, si tienes razones
para pensar asi de él...
Manuel. En el tiempo que el vergel
pisé de las ilusiones,
de otro modo le encontraba;
ahora dificil sería
verle, como le veía
cuando despierto soñaba.
Todos mis sueños huyeron
para no no volver quizás...
cuándo, Fernando, dirás?...
en el dia en que nacieron.
Fernando. Otros vendrán.
Manuel. Mas no aquellos.
Fernando. Tal pudiera suceder...
Manuel. No, no querrán ya volver,
eran demasiado bellos.
Soñando, es muy facil ser
venturoso; yo me hallaba
soñando, y aun mas, soñaba
á los pies de una muger.
Fernando. No te amó?...
Manuel. Mucho peor;
mintióme amor, y yo ciego
encerré en mi pecho el fuego
del mas acendrado amor.
Fernando. Con que se burló de tí?...
Manuel. De un modo amargo y cruel:
mas, á pesar del papel
desairado que hice alli,
no me hirió su desden tanto
como el desprecio que hicieron
de mí sus padres; hirieron

y llenaron de quebranto
de un modo mi corazon,
que hui desatalentado
de mi pueblo, resignado
á morir en un rincon.

Fernando. Pues vaya una idea bella!
no lo supiste entender:
nunca es digna una muger
de que se mueran por ella.

Manuel. Siendo una ingrata, es muy cierto;
y tanto lo pensé asi,
que me tienes hoy aqui.

Fernando. Ya veo que no te has muerto.

Manuel. Llamé á la filosofía,
y al fin salió vencedora:
la ingrata no era acreedora
al amor que yo sentia.

Fernando. Bien, Manuel: resolucion!
no te quede duda alguna;
tú debes hacer fortuna,
teniendo ese corazon.

Manuel. Moriré sin conseguirla?
no lo sé; á todo me avengo:
mas, si la consigo, tengo
por dicha con quien partirla.

Fernando. Cómo es eso?... A ver, á ver!...

Manuel. Yo decia... en esta tierra
de miserias, no se encierra
solamente una muger.
Voy, pues, á estudiar con calma
en cuantas vea delante,
no las gracias del semblante,
sino las prendas del alma.
Y hallé una jóven honrada,
de hermosas virtudes llena;
mas bastábale ser buena
para ser muy desgraciada.
—Segunda vez salió vano
mi empeño.

Fernando. Chico, por Dios!

Manuel. Nos amábamos los dos,
pero no obtuve su mano.

Fernando. Pues fue buena la eleccion!
Manuel. Y qué es lo que me importaba
la repulsa? esa me daba
al menos su corazon.
Fernando. Vamos!... al cabo ya era algo.
Manuel. Te juro, á fé de Manuel,
que un corazon como aquel
escede á lo que yo valgo.
Fernando. Y sin embargo...
Manuel. Tributo
su cándido amor filial
pagó al rigor paternal,
vistiendo el alma de luto.
Fernando. Te despreció?
Manuel. Y qué le toca
hacer á una hija obediente,
cuando un padre harto imprudente
pone el desprecio en su boca?
El se encontraba arruinado,
y no estraño que quisiera
otro yerno que tuviera
un capital mas saneado.
Con el que yo reunia
entonces, por concedido,
jamas hubiera podido
salir de una medianía.
Fernando. Y amas aun?...
Manuel. Fuera un necio
en no adorarla, Fernando;
me despreciaba llorando,
y era amor aquel desprecio.
Fernando. Y hoy qué piensas?
Manuel. Conquistar
otra mejor posicion;
ir á ella sin dilacion,
y conducirla al altar.
Fernando. Muy bien, Manuel!... Te he escuchado
con muchisimo placer!
Qué mucho... si llego á ver
que en nada, en nada has cambiado?
Si, entrando en gloriosa guerra
con la suerte, nada alcanzas,

pierdo ya las esperanzas
de hallar justicia en la tierra.
Pero sí, tú te harás hombre;
tengo esa seguridad;
verás la felicidad
de poder legar un nombre
á tu familia, y tu vida,
cuanto hasta aqui fue azarosa,
se deslizará dichosa
junto á tu esposa querida.
Escucha ahora de la mia
los azares. — Venturoso
desde que nací, el reposo
no he perdido un solo dia.
No lo debiera decir
delante de tí, querido;
pero creo que he venido
al mundo para reir.
Y me rio, y con desden
lo que está por venir veo;
porque con mucha fé creo
que Dios me quiere muy bien.
En fin, como testimonio
de mi suerte lisonjera,
vas á oir de qué manera
se hizo nuestro matrimonio.
— Ricos ambos, y en la edad
de los caprichos, tuvimos
los dos ese, y consentimos
en cumplir la voluntad
de nuestros padres, que hacia
muchos años que fraguaron
tan bello plan; nos casaron,
y aunque el amor no existia
en ninguno de los dos,
ella, dotada de encanto,
y yo... que no causo espanto,
dimos las gracias á Dios.
No podia ser muy negra
mi suerte, siendo casado:
mucho tenia alcanzado,
hallando muger sin suegra.

Asi es que nuestra existencia
se ha deslizado dichosa,
viviendo, esposo y esposa,
en completa independencia.
Pues, cual si fuera soltero,
cual si ella fuese soltera,
dueña es de hacer lo que quiera
y yo de hacer lo que quiero.
Esto es todo lo que pasa;
deduce ahora de lo dicho
que es ley aqui mi capricho,
que soy dueño de mi casa;
y en virtud de este derecho,
te brindo, y no por cumplido,
á que durmamos, querido,
los dos bajo un mismo techo.

Manuel. Estás loco?

Fernando. Nada de eso:
y no pretendas negarte,
porque no pienso dejarte
salir de casa; estás preso.

Manuel. Y tu familia? por Dios!...

Fernando. Reducida estará ahora
nada mas que á mi señora,
una primita y los dos.
La prima se va á casar;
te encontrarás en la boda.

Manuel. Vamos, no, no me acomoda...

Fernando. (*Toca la campanilla.*)
Te voy ahora á presentar
á mi esposa.
(*Sale Roman por el fondo.*)
Di que venga
á la señora.

(*Roman se va por la segunda puerta lateral izquierda.*)

No he dado
en decirte... Has almorzado,
querido? Con tanta arenga
olvidé lo mas preciso.

Manuel. Es temprano para mí.

Fernando. Van á hacerte...

Manuel. No...

Fernando. Sí, sí.
(*Sale Roman por donde entró.*)
Roman. Ya sale.
Fernando. Escucha, Roman:
á ver cómo te das priesa
y en dos minutos...
(*Quedan hablando los dos en la puerta del fondo derecha. Sale Teresa por la puerta lateral izquierda.*)

ESCENA VI.

MANUEL. FERNANDO. TERESA. ROMAN.

Manuel. (*Asombrado.*) Teresa!
Teresa. Caballero!... (*Con disimulo.*)
(*Quedan los dos en silencio, mientras Fernando dice á Roman:*)
Fernando. Vino, pan...
en fin', de todo abundante;
que advertirte mas no tengo...
sobre todo te prevengo
que esté pronto.
Roman. En el instante. (*Vase, fondo derecha.*)

ESCENA VII.

TERESA. MANUEL. FERNANDO.

Fernando. Qué es eso?... se han hecho ustedes
los cumplidos de ordenanza?
—Aqui tienes un amigo, (*A Teresa.*)
á quien quiero con el alma.
Por tanto tiene derecho
á tu amistad; pura y franca
ofrécesela cual yo,
y que hoy encuentre su casa
en la nuestra, y la familia
que no tiene por desgracia.
Teresa. Ya hace dias que conozco
á este caballero.
Fernando. Calla!
qué casualidad!

Manuel. Por cierto!...
paisano suyo...
Teresa. Paisana...
Fernando. Cuánto me alegro!—Sin duda
conocerás tú á la fatua,
la frívola y la variable
que á éste le dió calabazas.
Manuel. Fernando!
Fernando. Ya te curaste
de tu pasion malograda;
hoy debes ya de sufrir
con serenidad las chanzas.
Teresa. (*Venciéndose.*)
Hola! Con que usted, Manuel,
le ha contado?...
Manuel. De pasada,
relatándole mi vida,
le confié en hora mala
aquella simple aventura.
Teresa. Muy bien!
Manuel. Lo siento en el alma:
era una amiga de usted...
Fernando. Amiga de esta?... muchacha,
puedes decir que has tenido
de amiga la flor y nata
de las inconstantes... Diablo!
Teresa, si te contagia!...
Teresa. Permita usted que le diga
que tales cosas se callan.

ESCENA VIII.

DICHOS. JOAQUIN.

Joaquin. Puedo obtener el permiso?...
Fernando. Usted es muy dueño.
Joaquin. Gracias.
(*Saludando.*)
Teresita, siempre estoy...
Fernando. Cómo aqui tan de mañana?...
Joaquin. (*Mirando á Teresa.*)
El que vive enamorado...

Fernando. (*Ap. á Manuel.*)
Este chico es el que trata
de casarse con la prima
de Teresa. (*Alto.*) Camarada,
tengo que comunicarle
unas noticias muy gratas.

Joaquin. De veras? Amigo mio!...
(*A Teresa.*)
Permítame usted que vaya
á enterarme. — Y bien? qué ocurre?
Habló usté al ministro?

Fernando. Anoche.

Joaquin. Qué dijo?

Fernando. El asunto marcha
viento en popa.

(*Quedan hablando los dos, y Manuel se dirige á Teresa, que está sumamente pensativa.*)

Manuel. Teresita!...

Teresa. (*Con dureza.*)
Es preciso que esta casa
abandone usté al momento.

Manuel. Oigame usté una palabra,
y despues.

Teresa. Márchese usted,
y para siempre...

(*Manuel insiste en hablar. Teresa no le oye.*)

Joaquin. (*Alto.*) Mil gracias,
amigo mio! qué celo!
qué actividad!

Fernando. Eh! bobada.
Lo que quiero yo es que venga
pronto el nombramiento á casa.
A propósito, Manuel;
no te habia dicho nada:
debes conocer al tio
de esa, el ministro de Gracia
y Justicia.

Manuel. Le conozco.

Fernando. La ocasion la pintan calva.
Verás: tenemos pendiente
hace dias una instancia
de don Joaquin, y bien puedo

ir preparando la masa.
(*Quedan hablando los dos.*)

Joaquin. (*Ap. á Teresa.*)
No lo niegue usted, Teresa:
el menos sutíl notára
que alguna idea muy triste
le agita á usted; sea franca,
y si encuentran por dicha eco
en su pecho mis palabras,
le ruego que me confiese
de esa tristeza la causa.
(*Quedan hablando los dos.*)

Fernando. (*Alto á Manuel.*)
Creo que me servirá.

Manuel. Tengo tan poca esperanza
en mis paisanos!... El hombre
que hoy se eleva, solo trata
de favorecer á aquel
que ha de servirle mañana.

Fernando. Yo le hablaré, y como pueda,
tú verás como no tarda...

ESCENA IX.

DICHOS. ROMAN.

Roman. El almuerzo está en la mesa.

Fernando. Ya lo oyes, querido; en marcha!
te acompañará el señor.

Joaquin. Almorcé ya, muchas gracias.

Manuel. No me quisiste escuchar,
y vamos, no tengo gana...

Fernando. Sabes que estás fastidioso
de veras?... diablo!...

Manuel. Hombre, calla;
voy á hacer por complacerte.

Fernando. Y cuenta con que no lo hagas.
Estamos en que será
esta habitacion honrada
con tu presencia; has quedado
en que vienes á habitarla.

Manuel. Lo que es eso, no, querido.

Fernando. Teresa, que se me escapa!
Teresa. No debemos violentarle;
tendrá compromisos...
Fernando. Anda!
pues tienes tú buenos modos
de obligarle, hija de mi alma!
Manuel. No te empeñes, es en vano.
Fernando. Pues dame ahora la palabra
de que vendrás á comer
esta tarde.
Teresa. Qué machaca!
si no puede, quieres tú?...
Fernando. (*A Teresa.*)
Mira, ya nadie te llama.
Te esperaremos?
Manuel. Vendré.
Fernando. Vamos, hombre, muchas gracias.
Señor don Joaquin, á Dios. (*Saludando.*)
Te quedas dueña de casa,
querida!... Te dejaré (*A Manuel.*)
sentado en la mesa... mandria!

ESCENA X.

TERESA. JOAQUIN.

Joaquin. Insistirá usté en negarme
lo que estoy viendo, Teresa?
Teresa. (*Ap.*) Y tendrán esplicaciones...
y Fernando... qué vergüenza!
Joaquin. Teresita!
Teresa. Ya he oido:
como amigo, se interesa
usted por mí; yo agradezco,
don Joaquin, tanta fineza.
Joaquin. Señora... (*Ap.*) Pues! no me atrevo:
y eso que traigo la arenga
bien estudiada! qué hermosa
la pone el dolor!...
Teresa. (*Ap.*) Qué idea!
Joaquin. (*Ap.*) Pero en qué estará pensando?
Teresa. (*Ap.*) Oh! sí, le pondré dos letras

á mi papá... (*Alto.*) Don Joaquin,
disimule mi franqueza...
(*Se pone á escribir.*)
Un asunto que urge mucho...

Joaquin. Hija mia, aunque no urgiera.
Sabe usté que para mí
es... (*Ap.*) Se me traba la lengua.
Y he podido yo tener
valor para hacer la apuesta
de que obtendria el amor
de esta muger!... ah! babieca!
tras de perder el dinero,
tú verás las consecuencias
de tal locura; la otra
está á casarse resuelta!
ya se ve, pedí su mano
por llegar al lado de esta...
y me miman, y me buscan
un destino... Santa Tecla!
Qué situacion tan dramática!
O soy ó no calavera?
Pero es mucho temple el mio!
pues, la sangre se me hiela
en el crítico momento...
cuando ser fuego debiera!
Y no es porque á mí me impone;
al contrario, he visto en ella
suficiente inclinacion
hácia mí; mucha cautela,
mucho tino, don Joaquin,
mucho cuidado, no sea
tu plan castillo de naipes
que al soplo mas débil vuela.

Teresa. (*Toca la campanilla.*)
Soy con usted al instante.

Joaquin. Nada, no se dé usted priesa.

Teresa. Tenemos que hablar muchísimo.

Joaquin. Los dos?

Teresa. Aqui nos acechan.

Joaquin. Es verdad, y ciertas cosas...

Teresa. Pasaremos á esa pieza.

ESCENA XI.

DICHOS. LUCÍA.

Lucia. (*Saliendo por el fondo.*)
Qué manda usted?
Joaquin. (*Ap.*) Esto es hecho!
bravísimo!
Teresa. A ver si llevas
esta carta á mi papá,
y por Dios dile que venga
en el instante, Lucía!...
(*Ap.*) Estás viendo qué funesta
casualidad? (*Alto.*) Don Joaquin?...
Joaquin. A la orden de usted, Teresa.
(*Entran los dos en la segunda puerta lateral.*)

ESCENA XII.

LUCÍA. ROMAN.

Lucia. Tiene razon, cuando el diablo
da en enredar la madeja...
Roman. Adónde vas?
Lucia. Ya está en casa
la policía secreta!
Déjame con dos mil santos!
Roman. Hace ya dias que rueda
sin parar un pensamiento
infernal por mi cabeza!
—Ese don Joaquin no viene
por la señorita.
Lucia. Idea
digna de tí, malicioso!
Roman. Ese monicaco piensa
hacer alguna trastada.
Siempre con doña Teresa
en cuchicheos, soplándole
muy de cerca las orejas;
mientras que á doña María
la saluda de una legua,
y la deja abandonada

á sus continuas tristezas.

Lucia. Cosas tuyas.

Roman. Por supuesto:
en casa, siempre con ella;
van á salir? que la mano
al bajar por la escalera;
que el brazo al ir por la calle,
y en el paseo, en la iglesia,
en todas partes, pegado
el mozo como una oblea.

Lucia. Todo ello muy natural.

Roman. Muy natural!...

Lucia. Sí; las reglas
del buen tono asi lo exigen:
pero, ya se ve, en cabezas
como la tuya, no caben
sino mezquinas ideas.
Si supiera la señora
lo que piensas!...

Roman. Si supiera
el señor lo que su esposa
en perjuicio suyo piensa!...

Lucia. Me voy por no oirte.

Roman. Ahora
estarán...

Lucia. En esa pieza.

Roman. Y con la puerta cerrada!

Lucia. Da escándalo!
(*Se va por el fondo derecha.*)

Roman. Qué insolencia!...

ESCENA XIII.

ROMAN. MANUEL.

Manuel. Has reñido con Lucía?

Roman. Sí señor, y reñiría
con el lucero del alba,
con el diablo...

Manuel. Yo creía
que eras, Roman, una malva.

Roman. Veria usted con sosiego

la mas infame traicion?
Pues bien, yo que á verla llego,
de mansísimo borrego
me convierto en un leon.

Manuel. Esplícate.

Roman. Señorito,
señorito don Manuel,
estoy asado; estoy frito;
vamos, yo nunca permito
que haga mi amo mal papel.

Manuel. Estás loco?

Roman. No lo estoy.

Manuel. Puedo yo saber al fin?...

Roman. A desembucharlo voy.
— Todos los pasos hasta hoy
le he seguido á don Joaquin.

Manuel. Al futuro de la prima?

Roman. No busca él mala primada!
á que no le ha dicho aun nada?
Con quien el mozo se anima
es con la prima casada.

Manuel. Y piensas?...

Roman. No he de pensar?
Es una solemne pulla
la que nos quiere encajar.
El no se piensa casar;
mas yo, que soy una grulla
cuando por el amo velo,
no perderé una ocasion
de espiar á ese trastuelo,
y algun dia besa el suelo
sin querer de un bofeton.

Manuel. Que te atrevas á pensar!...

Roman. Sí señor, que esos monuelos
suelen saber emplear
el tiempo...

Manuel. Pero dudar
de tu señora!

Roman. Los cielos
saben cuánto es hoy mi afan
por abrigar tal sospecha;
mas los indicios estan

bien claros. Es cosa hecha.

Manuel. Te desconozco, Roman.
A ofender asi te pones
á la que te da el sustento?

Roman. Es que yo he visto...

Manuel. Visiones
nada mas.

Roman. Bien.

Manuel. Ilusiones
que forjó tu pensamiento.
Tu demasiada malicia
hace que pienses ahora
con semejante impericia.
Cometes una injusticia
calumniando á esa señora.

Roman. Pero ya ve usted...

Manuel. Jamas
hables con tal ligereza.

Roman. Como tenia franqueza
con usted...

Manuel. Lo dije, estás
enfermo de la cabeza.

(*Se va Roman por el fondo de la derecha, mirando con recelo hácia donde estan Teresa y Joaquin.*)

ESCENA XIV.

MANUEL.

Hé aqui ya bien patente
la causa por qué quiere ella
que de su casa me ausente!
Tal traicion siendo tan bella!
— Ah! no, no; y si está inocente?
Si ese hombre no es caballero
y piensa sacar partido
de su carácter ligero?...
Eso será... oh! yo no espero
que deshonre á su marido!
De todos modos aqui
me trae sin duda el cielo...
— Cuando ese hombre me oiga á mí

cejará de su plan... sí!
—Fernando, por tu honor velo;
me impone esta obligacion
la amistad que nos ha unido!
—Y esa muger que ha querido
humillarme...—Corazon!
aquello merece olvido!

ESCENA XV.

MANUEL. MARÍA.

Manuel. (*Asombrado.*)
Ah! María!
Maria. (*En la puerta de su cuarto.*)
Caballero!
Manuel. Tú en ese trage y aqui!...
Oh! Que me espliques espero...
Maria. Nada espere usted de mí.
Manuel. Deja ese acento severo,
y haz caso del ansia mia
Tu padre tal vez...
Maria. Murió!
mas debo respetar yo
su voluntad este dia;
y al espirar me encargó...
Manuel. Oh! Calla, que ya adivino...
Maria. (*Ap.*) No puedo, esto es superior
á mis fuerzas.

ESCENA XVI.

DICHOS. TERESA. JOAQUIN.

Teresa. (*Colocándose entre los dos.*) El destino
la ofrece hoy otro camino;
respete usted su dolor.
Joaquin. (*Ap.*) El amigo!... no queria
perder el tiempo! Podia
haberle imitado... no
me he resuelto.
Teresa. Don Joaquin...

Joaquin. Comprendo. — Señora mia!...
(*Ap.*) Pues señor, solo consiste
en mí; fuerza es que ahora parta.
(*Saludando.*)
Señoras... — amigo!... (*Ap.*) Embiste
declararse asi; una carta
bien puesta, y quién se resiste? (*Vase.*)

María. (*Ap.*) No puedo mas!
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA XVII.

TERESA. MANUEL.

Manuel. Oh! María!

Teresa. Ella se debe alejar,
ya que intenta usté aumentar
su tristeza en este dia.
Bien preveo que usted viene
á casa, con la intencion
de llenarnos de afliccion:
por tanto, si un resto tiene
de prudencia, debe huir,
sin que obligue á sufrir mas,
de un sitio, donde jamas
debió pensar en venir.

Manuel. Ha acabado usted? Ahora,
le suplico que un momento
se digne oir el acento
de la franqueza, señora.

Teresa. Yo no tengo que escuchar
absolutamente nada:
esta es cuestion terminada.
Usted se debe marchar;
y si, como yo no espero,
vacila en salir de aqui,
diré que ya para mí
no es usted un caballero.

Manuel. Teresa, tenga usted calma;
procure economizar
los insultos, y evitar
la condenacion de un alma.

ESCENA XVIII.

TERESA. MANUEL. DON BALTASAR.

Baltasar. Qué escándalo es este!
Manuel. A Dios!
Teresa. Papá! (*Abrazándole.*)
Baltasar. Bien, hija mia!
Manuel. Si con la una no podia,
cómo podré con los dos?
Baltasar. Hace usted bien en coger
el sombrero.
Manuel. Sí, me voy;
pero aun nos veremos hoy.
Baltasar. Cómo!
Teresa. (*A su padre.*) Que viene á comer!
Baltasar. Caballerito, esta casa
yo no puedo tolerar
que la vuelva usté á pisar:
y si acaso se propasa...
yo juro...
Manuel. En vez de jurar,
invoque, por compasion,
un rato á la reflexion;
lo oye usted, don Baltasar?
Aspirando á ser su amigo,
le ruego que haga el favor
de gastar mejor humor,
si come hoy aqui conmigo.
Baltasar. Qué insolencia!
Manuel. (*A Teresa.*) Y á qué hora?...
—Bah! me la dirá el criado.
A lo pasado, pasado...
á los pies de usted, señora. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

TERESA. DON BALTASAR.

Baltasar. Qué demonio es el que envía
hoy á este hombre por acá?
Teresa. Miedo le tengo... ay papá!
Baltasar. Yo velo por tí, hija mia.
(*Quedan los dos abrazados.*)

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUIN. LUCÍA.

Lucia. Paso recado?
Joaquin. No, espera;
porque antes te quiero hacer
varias preguntas.
Lucia. A mí?
Joaquin. A tí, sí.
Lucia. Pregunte usted.
Joaquin. En qué ha parado el nublado
de esta mañana?
Lucia. No sé;
la señorita María,
desde que vió á don Manuel,
sigue llorando en su cuarto
sin que yo sepa por qué:
el señor mayor llegó
luego que se marchó usted,
y ha habido aqui un altercado
bastante tremendo entre él,
la señora y ese diablo
que envía aqui Lucifer.
Joaquin. Y qué es lo que ha resultado
del debate?
Lucia. Que se fue
á paso largo.
Joaquin. Mas luego
debe venir á comer:
Fernando le ha convidado.
Lucia. No pone aqui ya los pies.

Joaquin. Vamos por puntos, Lucía:
quién es ese don Manuel?
Lucia. Don Joaquin, un perdulario.
Joaquin. Ese juicio yo formé;
pero dime, y desde cuándo
galantea á esa muger?
Lucia. Cómo! Sabia usté acaso?...
Joaquin. Lucía, todo lo sé.
Lucia. Y por la misma señora?...
Joaquin. Por la misma; *cé* por *bé*
me ha contado esos amores.
Lucia. Ay, señorito! Pues bien;
hace cuatro años que ese hombre...
Joaquin. Cómo cuatro años?
Lucia. Esa es
la fecha...
Joaquin. Qué disparate!
no hace tanto.
Lucia. Vaya, bien:
me lo dirá usted á mí
cuando fuí la que dancé?...
Joaquin. Chica, por Dios, que te embrollas.
Qué tenias tú que ver?...
Lucia. Quién era la confidente
de doña Teresa?... quién?...
Joaquin. De doña Teresa?
Lucia. Sí;
casualmente yo cargué
con casi todas las culpas;
y eso que á mí don Manuel
nunca me hizo mucha gracia,
pero por obedecer
á la señora...
Joaquin. Qué diablos!...
Si estás haciendo un pastel...
un revoltillo... di, ese hombre
no obsequió á María?
Lucia. Pues!
(*Admirada.*)
Está usted bien enterado:
á doña Teresa. (*Bajando la voz.*)
Joaquin. Quién?...

Don Manuel? qué disparate!

Lucia. El mismo, ese don Manuel:
y cuidado que es preciso
obrar de muy mala fé,
para venir tan sereno
á visitar la muger
que le colmó de desprecios.

Joaquin. Esto es magnífico! bien!
(*Ap.*) Teresa quiso engañarme,
diciéndome que Manuel
es amante de su prima:
su objeto claro se ve.
Ese hombre para nosotros
puede un obstáculo ser;
la perseguirá celoso,
y como á estas horas es
mio ya su corazon...
Pensemos en mi papel!
Don Baltasar me oirá;
es preciso. — Ya ve usted,
yo he sabido que la quiere,
y si mi esposa ha de ser...—
no hay mas, le planta en la calle,
y es mio el campo.

Lucia. Sabré
qué proyectos?...

Joaquin. Hija mia,
esto no va nada bien.
Tú te figuras que ese hombre
viene por Teresa?

Lucia. Pues.

Joaquin. Viene solo por robarme
el amor de esa muger.
(*Señalando la habitacion de María.*)

Lucia. De la señorita?

Joaquin. Sí,
Lucía, lo sé muy bien.

Lucia. Jesus!

Joaquin. Supo que su padre
se le habia de oponer,
y no insistió; mas ahora
que huérfana ya la ve,

viene con la pretension...

Lucia. Sí, ya comprendo; y usted...
qué partido?...

Joaquin. Yo la amaba;
mas hija, renunciaré.

Lucia. Y lo dice usté de veras?

Joaquin. (*Muestra un billete cerrado.*)
Tanto que en este papel
ofrezco mi sacrificio.
Lucía, me vas á hacer
el favor de dárselo hoy
á doña Teresa...

Lucia. Pues!

Joaquin. Yo no debo retardar
la dicha de una muger
á quien quiero con el alma,
y que nunca olvidaré.
Con muchísima reserva
le entregas, mientras me ves
(*Dándole el billete.*)
con don Baltasar, estás?

Lucia. Va usté á decírselo á él?

Joaquin. Por fuerza; aqui representa
á sus padres; le diré...
lo que hace al caso. Teresa
á su prima le hará ver
mi resolucion.

Lucia. Dios mio!

Joaquin. Si quieres, anúnciame.

(*Lucía entra en la habitacion de Teresa. Joaquin se pasea muy satisfecho.*)

ESCENA II.

JOAQUIN.

Qué tacto! qué prevision!
le dará esa carta, y... pues!...
la leerá, y cuando vuelva
á presentarme otra vez
delante de ella, demas
estará el necio oropel

de esas frases rutinarias
que me fastidian... Muy bien!
Y pensaban mis amigos
que no habia de emprender
esta conquista? mi triunfo
va á ser completo. Daré
una prueba relevante
de talento. Voy á ser
segundo Don Juan Tenorio!
—Vaya con el don Manuel!
Y Teresita? Pues no era
pequeña mi candidez!
Ducha está en estos asuntos;
mas se las tiene que haber
cara á cara con un hombre
que ya... ya!

ESCENA III.

JOAQUIN. LUCÍA.

Lucia. Que pase usted
cuando guste.
Joaquin. Haz ese encargo
con sigilo. (*Entra en el cuarto de Teresa.*)
Lucia. Asi lo haré.

ESCENA IV.

LUCÍA. ROMAN.

Roman. Alto ahí!
Lucía. Jesus! y qué hombre!...
Toda me ha asustado!...
Roman. Pues!
soy tan en estremo feo
que se espanta el que me ve?
Lucia. Lo que me espanta es tenerte
por sombra.
Roman. Como le des
esa carta á la señora,
se lo digo al amo.

Lucia. Y bien,
qué te se figura á tí
que dirá el amo si ve
esta carta?

Roman. Yo aseguro
que el amo no dirá amen.

Lucia. Con que estabas espiando?

Roman. No lo niego, te espié;
y no has de dar ningun paso,
por prevenida que estés,
sin que yo te vea.

Lucia. Bravo,
señor don Roman! Oh! Bien,
muy buen oficio!...

Roman. Y no pienses
que yo solo voy á ser
el que vele, no señora;
me ayudará don Manuel.

Lucia. Bastante has dicho!... Magnífico!
Sabes tú lo que ese hombre es?

Roman. Le conozco hace ya dias,
y por dicha mia sé
que es capaz de mucho bueno,
y no como ese otro pez,
á quien le voy á sobar
dentro de poco la piel.

Lucia. Qué manía, Santo Dios!
Esta carta, has de saber
que es, sí, para la señora.

Roman. Sí, demasiado lo sé.

Lucia. Don Joaquin renuncia en ella
á la dicha de obtener
la mano de su primita;
y sabes tú ahora por qué?
Porque ese hombre que has juzgado
tú capaz de tanto bien,
se ha metido en esta casa
solo por satisfacer
una venganza mezquina.
Porque ese tal don Manuel
obsequia á doña María
y la pretende, despues

de haber querido casarse
con doña Teresa...

Roman. Bien
urdido!... Qué pobre tonta!...
algun dia has de creer,
como no abras mas los ojos,
que soy yo tonto tambien.
Si es lo que tú te presumes,
vendrá abierto ese papel;
ya ves tú, vá á la señora...

Lucia. Ni siquiera reparé...

Roman. Ademas, en un negocio
que público se ha de hacer,
andar con tanto misterio
sería ridiculez.
—A que va abierta la carta?
Eso bien se puede ver.

Lucia. Qué curioso! (*La saca.*) Va cerrada.

Roman. Cerrada?

Lucia. (*Enseñándola.*) Sí.

Roman. (*Arrebatándosela.*) La atrapé.

Lucia. Dame, Roman, esa carta.

Roman. Aunque vengas con un tren
de artillería.

Lucia. (*Queriendo quitársela.*) Atrevido!

Roman. Aparta, débil muger;
huye, criatura frágil,
y aprende á tener mas ley
al pan que comes: caiste,
cual ave incauta en la red;
mas yo soy pájaro viejo,
y astúto y mañero sé
burlarme del cazador
y libre el vuelo tender.

Lucia. Pero es posible que creas?...

Roman. Muy posible: lo que ven
mis ojos quisierás tú
que no fuera yo á creer?...
Ahora toma un consejo:
—á raya tu lengua ten,
si quieres evitar ruidos.

Lucia. Pero, hombre!...

Roman. No ha de saber
de esta carta la señora...
Cuenta que, como le des
parte de lo que ha pasado,
va á armarse aqui un somaten.

Lucia. Aun me harás dudar...

Roman. Lucía,
hoy te vas á convencer
de mi esperiencia.

Lucia. Es que, como
tú no sueles hablar bien
de nadie...

Roman. Del sexo débil
todo se puede temer.

Lucia. Buena salida!

Roman. El señor
le dirá cuántas son tres
al tal mocito; verás,
en cuanto llegue á saber
lo que pasa, la que se arma.

Lucia. Y á mí, qué me importa? bien;
no me acusa la conciencia:
yo obraba de buena fé.

Roman. Oh fragilidad humana,
y cuán espuesta te ves!
A lo dicho, y punto en boca:
lo has entendido?

Lucia. Yo haré
lo que me acomode.

Roman. Guerra
quieres?... bravo!
(*Vase por el fondo derecha.*)

Lucia. Callaré,
no sea que enrede el diablo,
y lo pague yo despues.

ESCENA V.

LUCIA. TERESA.

Teresa. En busca de tí salia.
Hasta que vuelva Fernando,

cada hora que va pasando
se me hace un siglo, Lucía.
—Y mi prima?

Lucia. No ha salido
desde que usted la vió entrar.

Teresa. Quién podria imaginar
lo que nos ha sucedido?
Ahora se obstina papá
en creer que está de acuerdo
con Manuel... ah!... yo me pierdo
en conjeturas: qué hará?
Vendrá á comer? Creo yo
que jamas se ha de atrever...
si viene, qué voy á hacer?...
Harto el cruel se gozó
en mirar lo amedrentada
que aqui en su presencia estuve.
Cuánto padecia! tuve
que mostrar disimulada
el rostro alegre y sereno,
mientras el pobre Fernando
iba en mi alma derramando
con sus palabras veneno.
Oh! la frente se me abrasa
y en vano un medio imagino
que me salve: ese hombre vino
para vengarse á esta casa.

Lucia. Pero es cierto que ha obsequiado
á su prima de usted?...

Teresa. Sí;
mas no le conduce aqui
hoy el amor: indignado
con los desprecios que un dia
recibió, viene, abusando
de la amistad de Fernando,
no á pretender á María,
sino á emplear el rencor
que se guarece en su pecho,
y á gozarse en ver deshecho
el porvenir de mi amor.

Lucia. Vamos; tenga usted confianza
en el amo.

Teresa. No, Lucía:
veo por desdicha mia
que alcanzará su venganza.
Pronto estará mi existencia
consagrada á padecer.
Manuel tiene en su poder
toda mi correspondencia.
Alli para mengua mia,
sin meditar la torpeza,
escribí con ligereza
mil cosas... que no debia.
Es verdad que fue inocente
nuestro amor... pero el papel
puede probar que á Manuel
engañé traidoramente.
Qué es lo que á Fernando digo
cuando comience á acusarme?
Dirá: quieres engañarme
como engañaste á mi amigo?
Ah! y antes que se convenza
de que es mi acento sincero...
desgraciada de mí!... espero
que me mate la vergüenza.

Lucía. Y no podria influir
la señorita María?
Yo que usted la rogaría.

Teresa. Pero y qué ha de conseguir,
cuando hoy con todo rigor
le tendrá tal vez qué hablar,
haciéndole renunciar
ya para siempre á su amor?

Lucía. Es verdad; harta indulgencia
necesita para sí.
Segun lo que veo, aqui
hay que armarse de paciencia.

Teresa. No te parece, Lucía,
que si tú fueses á hablarle?...

Lucía. Yo, señora!...

Teresa. A retratarle
mi situacion, mi agonía,
y hasta mi arrepentimiento
de aquel desprecio forzoso,

que él seria generoso
y te daria al momento
todas mis cartas? Yo creo
que no debe ambicionar
mas triunfo que contemplar
lo humillada que me veo!...
Hasta que no mire arder
aquellas pruebas fatales
de mi inconstancia, mil males
conozco que hay que temer.

Lucia. Pero ir tras de lo pasado
con semejante embajada...

Teresa. Tú al cabo no espones nada.

Lucia. Es que si se halla obstinado
en vengarse, es añadir
leña al fuego; contará
que usted á rogarle va.

Teresa. Que situacion! Es decir,
que ya para mí hoy comienza
una vida de pesar;
que tengo al fin que arrostrar
la humillacion, la vergüenza
de ver dudar á mi esposo
de un amor que llena mi alma;
que ya no he de ver la calma
en mi casa; que es forzoso
que renuncie á hallar la suerte
que en mis ensueños veia...
Esto es horrible, Lucia!...
antes prefiero la muerte!
(*Sentándose desfallecida.*)

Lucia. Ay! por Dios!... tal desaliento
no está bien de ningun modo.
Disparate!... y sobre todo,
reflexione usté un momento
que, si ven tan grande pena
retratada en el semblante,
van á pensar al instante
que está usted de culpa llena.
En tan triste situacion
es necesario fingir.

Teresa. Quién es capaz de reir

cuando sufre el corazon?

Lucia. Reir, no; pero á lo menos
no afligirse tanto, tanto...
ya empleará usté ese llanto,
si dan mas fuerte los truenos.
Y si usté cree que, viendo
su humillacion, va á cambiar,
ahora le iré á buscar.

Teresa. Sí, Lucia; te encomiendo
esa triste comision.
Harto humillada me veo!...
mas no tan pronto; deseo
saber la resolucion
de mi prima, para obrar
con el acierto debido.

Lucia. Me parece que he oido
en ese aposento andar.
(*Mira por el ojo de la llave en el aposento de Teresa.*)
Silencio.

Teresa. Van á salir?

Lucia. Sí, sí; ya se han levantado:
tenga usted mucho cuidado.

Teresa. Empecemos á fingir.
(*Lucía se va por el fondo derecha.*)

ESCENA VI.

TERESA. DON BALTASAR. JOAQUIN.

(*Don Baltasar se dirige al velador y se pone á escribir. Teresa se sienta.*)

Joaquin. (*Ap.*) Lucía es la que se aleja.
Si habrá su mision cumplido?
El humor de Teresita
lo dirá. — (*Alto.*) Nos detuvimos
mas de lo que yo queria:
perdone usté, hay compromisos...

Teresa. Nada de eso: ciertas cosas
exigen el requisito
del secreto.

Joaquin. (*Con intencion.*) Con que usted

no tachará de impolítico
éste paso?

Teresa. No por cierto:
antes de ahora ya he dicho
que puede usté aqui mandar
como cumpla á su albedrío.

Joaquin. Muchas gracias. (*Ap.*) Esto es hecho;
ya ha leido... ya ha leido...
(*Alto.*) Voy á tener el disgusto
de alejarme de este sitio.

Teresa. Cómo tan pronto?

Joaquin. Quisiera
de cualquier modo impedirlo;
pero ya sabe el papá
que es necesario. (*Ap. á Teresa.*) Sigilo,
mire usted que por desgracia
es don Fernando muy listo

Teresa. Cómo!... Acaso?...

Joaquin. Todavía
no ofrece ningun peligro;
pero... hay que tener en cuenta
que es marido, y los maridos...

Teresa. (*Ap.*) Yo estoy temblando.

Joaquin. (*Bajo á Teresa.*) El amor
es nada sin sacrificios.
(*Ap.*) Ya es mia. (*Alto.*) Don Baltasar,
hasta luego: me retiro
confiado en que usted dará
ese paso convenido.

Baltasar. Cuéntelo usted por seguro.

Joaquin. Entonces, con el permiso...
de Teresita...

Teresa. Usté es dueño...

Joaquin. (*Bajo á Teresa, que está sumamente preocupada.*) Valor, y lo dicho, dicho.
(*Se va por el fondo derecha.*)

ESCENA VII.

DON BALTASAR. TERESA.

Teresa. (*Ap.*) Qué enigma es este? por dónde

don Joaquin habrá sabido?...
Jesus!... qué publicidad!...
papá no se lo habrá dicho.
—Estás triste? (*Alto á don Baltasar.*)

Baltasar. (*Deja de escribir.*) Sí lo estoy.

Teresa. Si tú te abates ¡Dios mio!
qué me toca hacer á mí?...

Baltasar. Sabes á lo que ha venido
don Joaquin?

Teresa. Yo no, papá.

Baltasar. Has de saber que me dijo
que está enterado de todo
lo que en casa ha sucedido,
y á fin de evitar cuanto antes
disgustos y compromisos,
quiere saber si María
le retira su cariño,
para dejar libre el campo
al rival correspondido.

Teresa. Y vas á hablar á María?

Baltasar. Y qué he de hacer? ahora mismo.
—Hé aquí las consecuencias
de haber ella consentido
en la venida de ese hombre.

Teresa. No lo creas; yo imagino
que está inocente.

Baltasar. Inocente?
Cuándo él se hubiera atrevido
á poner los pies en casa?...
En fin, díle que es preciso
que la hable yo en el instante.
que aquí la espero.

Teresa. (*Entrando en el aposento de María.*)
Dios mio!
qué dia!

Baltasar. Yo le haré ahora
desistir de ese capricho.

ESCENA VIII.

DON BALTASAR. MARÍA.

María. Me llama usted, tio?

Baltasar. (*Bruscamente.*) Sí;
tengo que hablar con usté.
Maria. Y cuál mi delito fue
para ser tratadá asi?
Baltasar. Hoy hace un mes que espiraba
tu buen padre...
Maria. Oh!... por piedad!
Baltasar. En lamentable horfandad
el infeliz te dejaba.
Pero mi hija, poseida
de una caridad árdiente,
te trajo inmediatamente
á su lado. Distraida
con los placeres y el ruido
de la corte, has olvidado
al hombre que el ser te ha dado!...
Maria. Ah! eso no... padre querido!
Baltasar. Y el cariñoso desvelo
de tu prima estás pagando...
cómo, María?... llenando
su casa de desconsuelo.
Maria. Tio! Por Dios, no inclemente
se muestre usté asi conmigo!
Pongo al cielo por testigo
de que me encuentro inocente.
Baltasar. Y has consentido?... —Teresa,
no te contó que allá un dia?...
Maria. No señor; nada sabia
hasta hoy; la misma sorpresa...
Baltasar. Evitemos digresiones.
—Tu padre no consentia
en ese enlace; tenia
muy poderosas razones
para oponerse; al morir,
te dejó recomendada
á mi cuidado.
Maria. Y bien?
Baltasar. Nada
creo que debo añadir
á las muchas reflexiones
que te hizo mi buen hermano.
Me acusarás de tirano

si esas necias relaciones
pretendo desbaratar?

Maria. No señor: mándeme usté,
y al punto obedeceré
á todo... sin vacilar!...

Baltasar. Muy bien, lo esperaba asi;
como muchacha de juicio,
alcanzas el precipicio
que está delante de tí.
Crees que ese hombre ha venido
guiado por el amor?
Ah! no, hija mia; el rencor
es el que aqui le ha traido.
El sabia la eleccion
juiciosa que tú ya has hecho,
y henchido de odio y despecho,
se acerca con la intencion
de llenar de desconfianza
á Fernando y don Joaquin,
por lograr de un modo ruin
su apetecida venganza.
Quisieras ver padecer
á tu prima?

Maria. Oh! no; jamas.

Baltasar. Entonces... resuelta estás?...

Maria. Ya lo dije, á obedecer.

Baltasar. Y estando comprometida
mi palabra, podré al fin
anunciar á don Joaquin?...

Maria. Dueño es usted de mi vida.

Baltasar. Labrar tu felicidad
es solo lo que deseo,
y pues hoy, María, creo
en tu virtuosa humildad,
apártate del abismo
en donde ibas á caer,
haciendo á Manuel saber
tu decision... ahora mismo.

Maria. Mi decision!... Y ha de oir
él de mi labio?...

Baltasar. Es forzoso,
hija mia.

Maria. (*Ap. desfallecida.*) Dios piadoso!
Baltasar. Consientes en escribir
una carta, que le entere
de esta tu resolucion?
Maria. Sí señor.
Baltasar. (*Se dirige al velador y coge una carta.*)
Bien.
Maria. (*Ap.*) Corazon...
aqui tu esperanza muere!
Baltasar. Héla aqui; quise evitarte
el trabajo de pensar;
no tienes mas que copiar.
—Si antes quieres enterarte...
Maria. Enterarme? y para qué?...
Imprudencia mia fuera,
si ahora á tachar me pusiera
la carta que ha escrito usté.
Baltasar. Le trato cual se merece.
Maria. Voy á copiarla, pues, tio.
Baltasar. Asi me gusta.
Maria. (*Ap.*) Dios mio!
mi espíritu desfallece.
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA IX.

DON BALTASAR.

Cumplí con mi obligacion.
Si agradecerme hoy no sabe
la desgracia que le evito,
nada me importa; mas tarde
verá que para ella he sido,
mas que tio, un tierno padre.
(*Llama con la campanilla.*)

ESCENA X.

DON BALTASAR. LUCÍA.

Lucia. Llamaba usted?
Baltasar. Sí, Lucía:

vas ahora mismo á encargarte
de una comision, y cuento
con tu prudencia bastante,
para abrigar la sospecha
de que llegues á faltarme.
—Vas á entregar una carta
á ese don Manuel, de parte
de María.

Lucia. Y dónde vive?

Baltasar. Roman me han dicho que sabe
su habitacion; él las señas
dicen que le dió al marcharse.

ESCENA XI.

DICHOS. TERESA, *con la carta.*

Teresa. Toma, papá.

Lucia. (*Ap. á Teresa.*) Le diré
lo de las cartas?

Teresa. (*Ap. á Lucía.*) Mas tarde:
cuando conteste...

Baltasar. (*Despues de haber leido.*) Está bien:
no tardarán en secarse
las lágrimas que ha vertido
sobre ella.—Vete al instante.
Cuento con tu discrecion...

Lucia. No hay cuidado; usted descanse. (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON BALTASAR. TERESA. *Despues* FERNANDO.

Baltasar. Asi nos libramos de él,
hija mia: en adelante
no se atreverá á venir
donde ninguna falta hace.

Teresa. Creo que llega Fernando.

Baltasar. Me alegro mucho.

Teresa. Ocultarme
quisiera de sus miradas.
(*Coge un libro, y finge que lee.*)

Fernando. No dirás que vengo tarde,
querida.
Teresa. No.
Fernando. A Dios, papá.
Baltasar. Te has divertido?
Fernando. Bastante:
(*Da la mano á Teresa.*)
chica! tienes calentura!...
Teresa. Yo!
Fernando. Vaya, esta mano te arde!
Teresa. Me siento bien.
Fernando. Y Manuel?
Baltasar. No vuelve ya.
Fernando. Badulaque!
pero cómo has consentido
en que se vaya?
Baltasar. Tú sabes
quién es ese hombre?
Fernando. Un amigo,
que es en estremo apreciable
por sus virtudes; creyendo
que puede aqui molestarme,
tiene la delicadeza
poco comun de negarse
á ser obsequiado...—Voy
en su busca...
Baltasar. (*Deteniéndole.*) No te canses
en ir por él.
Fernando. Pues?
Baltasar. Corrido
de su conducta, es probable
que no cuente con valor
para volver á engañarte.
Fernando. (*Riendo.*)
Qué es lo que está usted diciendo?
Por Dios, papá, si es un angel!...
Bueno es él para engañar!
no diga usted disparates.
Casualmente vino al mundo
para que todos le engañen;
y si no, aqui está Teresa.
Baltasar. Cómo!

Teresa. Dios mio!
Fernando. Esta sabe
si es cándido ó no el tal mozo.
Baltasar. Déjate de necedades...
Fernando. Hija, cuéntale á papá
los desprecios, los ultrajes
que sufrió de una familia...
Baltasar. No necesita contarme...
Fernando. Es verdad; usted sabrá
perfectamente aquel lance.
El acreditó su juicio,
y aquella muger variable...
Teresa. (*Ap.*) Qué pena!
Fernando. La amiga de esta,
quedó por una inconstante,
por una muger sin fé...
(*Teresa se levanta dejando caer el libro en el suelo. Fernando se apresura á cogerle.*)
Que deshaces
ese libro, criatura!...
Cuéntale, para que calle
papá, aquella aventurita
con sus pelos y señales.
Baltasar. Fernando, sé mas prudente...
Fernando. La de tu amiga...
Baltasar. Fue un angel;
queria abusar ese hombre
de su inocencia; el infame
proyectaba...
Fernando. Poco á poco;
no aguanto que se le ultraje
de esa suerte.
Baltasar. No calumnies
tú á una niña, que fue frágil
en consentir los obsequios
de un seductor!...
Fernando. Dale.
Baltasar. Dale!
Fernando. Muy bien; nada diré de ella,
pero diré de su padre...
Baltasar. Qué es eso? qué dirás?
Teresa. (*Ap.*) Cielos!

Fernando. Diré que fue un petulante,
un orgulloso...
(*Don Baltasar se pasea desesperado.*)
Teresa. (*Suplicándole.*) Fernando!...
por Dios!
Fernando. No quieras que calle;
que si respeto á tu amiga,
no respetaré al salvage...
Baltasar. Fernando!... — no hablemos mas
de ese asunto.
Fernando. Bien, dejarle:
mas sepa usted que Manuel
es amigo mio, y nadie...
Baltasar. Acabemos de una vez.
El consintió en alejarse
de tu casa, y no vendrá.
Fernando. Pero, qué causa?...
Baltasar. Tú sabes
el compromiso que tiene
María...
Fernando. Y ha de amoscarse
don Joaquin, porque un amigo
venga á aqui?... qué disparate!
Baltasar. Y si ese amigo entra en casa
con maquiabélicos planes,
y pretende á su futura?...
Fernando. Mire usted con lo que sale!
Acabáramos! — Por Dios,
si Manuel me ha confiado antes
sus proyectos; si él pretende
á una jóven... miserable,
á una jóven muy virtuosa,
con la que piensa enlazarse
en el momento en que pueda
ir á convencer al padre
de que es un hombre que cuenta
con los recursos bastantes,
para cargar con la cruz
del matrimonio... Qué diantre!
Si podremos entendernos?...
Baltasar. Vamos á ver: y tú sabes
que ese padre ya no existe;

que la jóven miserable
es María; y que por último,
son vanos todos sus planes,
porque ella no corresponde
á su amor estravagante?

Fernando. Es posible! Si él contaba...

Baltasar. Pues, hijo, contaba en balde.

Fernando. Qué casualidad!

Baltasar. María,
á fin de que no la canse
con sus quejas y suspiros,
le ha suplicado poco hace
que no ponga aqui los pies.

Fernando. Con orden tan terminante,
cómo ha de volver? Es claro!
Vamos, no hay mas: el que nace
desgraciado...

Baltasar. Te convences?

Fernando. Oh! Sí señor; ya es en balde
que le esperemos: conozco
muy á fondo su carácter,
y obedecerá; lo siento:
ha trastornado mis planes...
En fin, vamos á comer,
Teresa?

Teresa. Voy al instante:
llamaré á María; andad,
que ya os seguimos.

(*Entra en la habitacion de María.*)

Fernando. (*Andando hácia el fondo izquierda.*)
Qué diantre
de cosas! pobre muchacho!
debe estar inconsolable!

(*Se van los dos.*)

ESCENA XIII.

MARÍA. TERESA. *Despues* LUCÍA.

Teresa. Y no has de comer! por Dios...

Maria. Hoy solo necesito aire!...
quema el llanto mis megillas,

y el dolor pretende ahogarme!

Teresa. (*A Lucía, que sale precipitada.*)
Le has hallado?

Lucia. Sí señora;
me ha seguido; quiere hablar
á la señorita.

Maria. (*Aterrada.*) A mí?
ah! no, es imposible!
(*Huyendo á su cuarto.*)

Teresa. (*Deteniéndola.*) Qué haces?

Lucia. Miren ustedes que espera
en la antesala...

Teresa. No trates
de exasperarle, por Dios!
Suplícale que nos salve;
dile que es forzoso que huya...
por el alma de tu madre!
haz hoy, prima desgraciada,
ese sacrificio grande.

Maria. Lo haré. (*Se deja caer en una butaca.*)

Teresa. Diré que no comes,
que estás mala. (*Besándola.*)
Ah! eres un angel!
Cuánto debe padecer!
(*Se va por el fondo izquierda.*)

Lucia. Y qué le digo?

Maria. (*Despues de una pausa.*) Que pase.
(*Se va Lucía por el fondo derecha.*)

ESCENA XIV.

MARÍA.

Y he de ahogar esta pasion,
que es el alma de mi vida?
Sí; ahora, sin compasion,
voy á emponzoñar la herida
que mata mi corazon!

ESCENA XV.

MARÍA. MANUEL.

Manuel. No se ofenda usted, María,
de mi venida imprudente.
Mi vida maldeciria,
si estampase yo algun dia
el dolor en esa frente.
Al presentarme hoy aqui,
no es mi idea preguntar
por qué soy tratado asi?
No, desgraciado nací,
y al bien debo renunciar.
Vengo solo, antes de hundirme
para siempre en el abismo
del dolor, á persuadirme,
á convencerme á mí mismo
si debo ó no desasirme
de una idea de ventura
hermosa, consoladora,
que aqui en mi mente fulgura:
en sabiéndolo, señora,
saldré de aqui con premura.
Maria. Usted conoce, Manuel,
mi terrible posicion!
Al ver mi resolucion,
no tenga usted por cruel
á este pobre corazon.
Si soy quien puede aclarar
esa duda...
Manuel. Sí, María.
Maria. Yo haré, pues, por contestar
á todo, sin vacilar.
Manuel. No en vano lo presentia.
— Y pues tan franca te veo,
satisface mi deseo:
confiésame sin rubor
que no desprecias mi amor;
confiesa que lo que leo
en este papel fatal,
es el producto infernal

de la tirana violencia;
haz aun feliz mi existencia
con una confesion tal!
Yo huiré, sí, de tu lado,
quizá para nunca verte;
mas huya al fin consolado
con que, habiéndonos amado,
nos cupo una misma suerte.
No me espante el porvenir
al mirar tu sacrificio,
y me verás al partir,
mártir de amor, sonreir
en medio de mi suplicio.
Querrás privarme este dia
del único bien que alcanza
la destrozada alma mia?
Mira que empiezo hoy, María,
á vivir sin esperanza.

Maria. (*Ap.*) Dios mio! (*Alto.*) A callar me obliga
el mas sagrado deber:
un compromiso me liga...

Manuel. No hagas, por Dios, que maldiga
en este instante mi ser.

Maria. De qué sirve que mi acento
revele á usted la verdad
de lo que en el alma siento?

Manuel. Será mi felicidad.

Maria. Felicidad de un momento!

Manuel. En mi última despedida,
tan grata revelacion
será una fuente de vida
para esta alma, sumergida
en la hiel de una pasion.
Será la estrella radiante
que descubre en lontananza
el perdido navegante;
será el divino calmante
de un amor sin esperanza.
Mitíguese mi tormento
con esa felicidad
que por fortuna presiento,
y esa dicha de un momento

durará una eternidad.

Maria. Cree usted pues que mi mano
trazó lo que no sentia?

Manuel. Creo que el destino insano
puso á tu lado al tirano
que siempre mis males guia.

Maria. Y si mi labio dijera
que estampé en ese papel...
cuanto he sentido?...

Manuel. Cruel!
mejor que yo respondiera
lo que veo impreso en él.
Mira la huella marcada
de un llanto devorador...
si no fuiste violentada...
á qué esta agua destilada
por las fuentes del dolor?

Maria. Pues bien, Manuel, si es preciso
para que se calme usté,
yo al fin le confesaré
que un terrible compromiso
me hizo arrancarle la fé.
Usted fue para conmigo
siempre bueno y generoso:
huya usté, y sea dichoso!
quien le da el nombre de amigo...
le hubiera dado el de esposo!
Tan ingenua confesion
la gratitud solo arranca;
tengamos resignacion,
y acepte ese corazon
la amistad mas pura y franca.

Manuel. La acepta... Hé aqui el momento
de dulce felicidad!...
para siempre ya me ausento;
mas esta dicha que siento
durará una eternidad!

Maria. (*Ap.*) Oh! Cómo está padeciendo
el infeliz!... — Si usted quiere...

Manuel. Sí, María, te comprendo.

Maria. No juzgue el que asi nos viere...

Manuel. Es verdad... (*Ap.*) Vamos sufriendo!

Deja que un amigo fiel (*Alto.*)
dirija una vez tu huella...
(*Ofrécele la mano.*)

Maria. Oh! sí.

Manuel. A Dios!

Maria. A Dios... Manuel!...
(*Ap.*) Dios mio, velad por él!...

Manuel. (*Ap.*) Dios mio, velad por ella!

(*María entra en su habitacion y cierra la puerta, que queda contemplando Manuel.*)

ESCENA XVI.

MANUEL.

La losa es, si bien me fundo,
que nos sepulta á los dos;
ay! es un dolor profundo
ver que me la roba el mundo
cuando me la entrega Dios.
Mi esperanza, mi ambicion
tras de esa puerta se encierra:
dijo bien: resignacion!...
Despídete, corazon,
de ser feliz en la tierra.
(*Toca la campanilla.*)

ESCENA XVII.

MANUEL. LUCÍA. *Despues* FERNANDO.

Manuel. (*A Lucía.*)
Dile á Fernando que salga.
—No dudo que sentirá
que nos separemos, siendo
tan franca nuestra amistad.

Fernando. Hola, chico!... Has esperado?
Estamos comiendo ya.

Manuel. Entonces no te detengas.

Fernando. No importa; tú no entrarás?

Manuel. No, Fernando, es imposible.

Fernando. Hombre... qué casualidad!...

Ya me han contado...

Manuel. Qué quieres?
Mi suerte siempre fatal.

Fernando. Pero, en fin, nos hallaremos
á cada instante; ademas,
yo iré á tu casa... y, qué diablos!
no te debes apurar:
si te falló esta tambien,
á otra, que tú encontrarás!...
desgraciadamente el género
está abundante.

Manuel. Es verdad.

Fernando. No te tendré que advertir
que soy amigo leal
y verdadero!...

Manuel. Lo sé,
y á mi vez te quiero dar
una prueba del afecto
que me inspiras.

Fernando. Creerás
que he dudado alguna vez
de tu sincera amistad?

Manuel. No, Fernando; mas deseo
que hoy empieces á dudar
de la de ese don Joaquin.

Fernando. Qué es lo que dices!... Estás
en tu juicio?...

Manuel. Sí lo estoy:
yo no te querré alarmar
sin fundamento; tú observa,
y algun dia me darás
las gracias.

Fernando. Me has sorprendido.

Manuel. No me queria alejar
de tu casa, sin hacerte
este servicio.

Fernando. Me das
en que pensar; pero gracias
por la advertencia. (*Ap.*) Serán
celos.

Manuel. Con que á Dios, Fernando.

Fernando. Que no llegues á olvidar

lo que te he dicho; ha de ser
eterna nuestra amistad.

ESCENA XVIII.

MANUEL. ROMAN.

Roman. Don Manuel, hay novedades.
Manuel. Novedades?
Roman. Si es Roman
muy mal pensado, si son
visiones y nada mas...
Manuel. Vamos, acaba; qué traes?
Roman. Lo que traigo es la señal
mas segura de que es cierto
cuanto he llegado á pensar
de ese mono... Mire usted
bien patente la maldad!
Manuel. Una carta?
Roman. Sí señor;
he logrado interceptar
su correspondencia.
Manuel. Cómo!
(*Ap.*) Qué infamia! Con que es verdad?
Roman. Qué es lo que decia yo?
Manuel. (*Ap.*) Conviene disimular.
(*Alto.*) Has dado un paso imprudente!
Roman. Me lo dice usted formal?
Manuel. Muy imprudente! — Pues qué,
es lícito sospechar
tan bajamente?
Roman. Es que, como...
Manuel. Luego, con qué autoridad,
con qué derecho te pones
á inquirir y á censurar?...
Supongamos que esta carta
no es de amores: cómo vas
á disculpar tu conducta?
Roman. Juraria...
Manuel. Bien está;
que sea lo que tú piensas,
que es conceder ya de mas,

qué haces de esta carta?

Roman. Toma!
Se calcula antes...

Manuel. Roman,
no vuelvas á cometer
tan grande infidelidad.
Para deshacer tus dudas,
yo veré lo que aqui va
escrito.

Roman. Bravo!

Manuel. Y despues
haremos por conciliar...

ESCENA XIX.

DICHOS. JOAQUIN.

(*Entra con desenfado mirando á Manuel con desden.*)

Joaquin. Estarán comiendo?

Roman. (*Bruscamente.*) Sí.

Joaquin. (*Dirigiéndose al fondo.*) Voy...

Manuel. Tenga usted la bondad...

Joaquin. Me decia usted á mí?

Manuel. Sí señor.

Roman. (*Ap.*) Ello dirá;
ya le acusaria yo
las cuarenta al perillan.

ESCENA XX.

JOAQUIN. MANUEL.

Joaquin. Qué se ofrece, caballero?

Manuel. Voy á alejarme de aqui
para siempre.

Joaquin. Y bien?

Manuel. Espero
que hará usted lo mismo.

Joaquin. (*Con mofa.*) Sí?

Manuel. Sí señor.

Joaquin. (*Burlándose.*) Es peregrina
la ocurrencia, como hay Dios!
—Segun eso, usted opina...
Manuel. Que aqui estorbamos los dos.
Joaquin. Hombre, no; estoy enterado
muy bien...
Manuel. Sí?...
Joaquin. Todo lo sé.
De modo que he calculado
que quien estorba es usté.
Manuel. No entremos en discusiones,
ni vacile usté en salir
de esta casa.
Joaquin. Y qué razones?...
Manuel. Porque lo va usté á sentir.
Joaquin. Esto ya va siendo serio.
Me quiere usted esplicar,
señor mio, qué misterio
hay aqui que descifrar?
Segun usté, es inminente
el riesgo que corro aqui.
—Y por qué?
Manuel. Por insolente.
Joaquin. Qué es esto?
Manuel. Y por necio, sí.
Joaquin. Caballero!... Esta insolencia
es la que no sufro yo.
Manuel. Le concedo la licencia
para tolerarla ó no.
Mas tenga usted entendido
que soy un amigo fiel
de Fernando, y si atrevido
piensa usted burlarse de él,
justo será que le advierta
que en premio de tal traicion,
no saldrá usted por la puerta,
sino por ese balcon.
(*Se va por el fondo derecha.*)

ESCENA XXI.

JOAQUIN.

Vaya usted mucho con Dios!...
—Celos son sin duda alguna.
Qué pobrecillo! De dos
le he dejado sin ninguna.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA. TERESA.

Teresa. (*Ap.*) Qué tormento! la tardanza
de Lucía me da miedo:
me parece que ya puedo
desechar toda esperanza.
Su triunfo es ver el sosiego
de mi espíritu perdido;
paciencia!... Se habrá reido
al oir mi humilde ruego.
Ignora que arrepentida
me encuentro llorando!... ignora
que haberle sido traidora
lloraré toda mi vida!...

(*Mira con afan por la puerta derecha del fondo, y despues de una pausa, dice con desaliento, aproximándose donde está sentada su prima:*)

Moviérale á compasion
ver que cuento los momentos
por los latidos violentos
de mi inquieto corazon.

(*Se sienta desfallecida al lado de María, que sale de su distraccion.*)

Maria. Qué tienes?
Teresa. No lo estás viendo?
Lucía no vuelve; en vano
confiábamos... — Qué mano
tan fria!... palideciendo
tu frente está... qué te pasa?
Maria. No temas...

Teresa. Oh! me lastima
verte helada.
Maria. En cambio, prima,
el corazon se me abrasa...
Teresa. Estás llorando?
Maria. Quisiera
sepultar en él mi llanto;
pero hay ya veneno tanto,
que no coge, y brota fuera.
Tras de regar las semillas
que el dolor siembra en mi pecho,
en turbio raudal deshecho
sale á surcar mis megillas.
Teresa. Por Dios, María, por Dios,
no acrecientes mi tormento!
descansemos un momento,
consolándonos las dos.
Maria. Necesitas por ventura
tú, Teresa, de consuelo?
no abrigues ningun recelo,
ni seas con él aun dura
temiendo una fea accion;
tranquila tu alma estaria
si leyeses, prima mia,
como yo en su corazon.
Teresa. Oyéndote, cobro aliento:
crees que me hará el favor?...
Maria. El no conoce el rencor:
te devolverá al momento
tus cartas.
Teresa. Quiéralo el cielo.
Maria. Sí, recobrarás tu calma,
en tanto que esta pobre alma
jamas hallará un consuelo.
Teresa. Quién sabe?...
Maria. Lo dudarás?
En adelante mi vida
será, Teresa, nutrida
por el dolor nada mas.
—En dónde ha de hallar reposo
la huérfana desgraciada,
que va á verse condenada

á ese suplicio espantoso
de tener siempre á su lado
un hombre, á quien no, no quiere,
en tanto que de amor muere
por otro... (*Con ironía.*)
que ha despreciado!
—Yo indignado le creia
por lo mal que le traté,
y hoy aqui á verle llegué,
ocultando la agonia
que mi carta le ha causado,
y ofreciéndome al partir...
amistad hasta morir.
Qué rato habré yo pasado
al decirle...—Si, amistad...—
cuando el alma le entregaba,
y el deber nos separaba
por toda una eternidad!

Teresa. Procura no fatigar
tu razon con su memoria.

Maria. Por qué... si es mi única gloria
sus acciones recordar?
La que llega á concebir
una pasion cual la mia,
no disfruta en su agonía
mas que un placer: de sufrir
cesa, y tranquila, la estrella
con que vino al mundo mira,
cuando el hombre que la inspira
es, Teresa, digno de ella.

Teresa. Creí que pasos oía.
(*Corre hácia la puerta del fondo.*)
Estoy tan sobresaltada!...
no me engañé, prima amada,
aqui vuelve ya Lucía.

ESCENA II.

MARÍA. TERESA. LUCÍA.

Teresa. Te las ha dado?

Lucía. Rogué,

mas fue en vano.

Teresa. Ves, María?

Lucia. Me contestó que él vendria
á entregárselas á usté.

Teresa. A mí? Vaya un compromiso!...
Y dijo cuándo?

Lucia. Al momento.

Maria. (*Levantándose agitada.*)
Ay!

Lucia. Yo corrí como el viento
para darle á usté el aviso.

Teresa. Te marchas?

Maria. Con gran dolor,
mas cumplo con un deber:
si suya ya no he de ser,
á qué alimentar mi amor?

Teresa. Ya lo ves, estoy temblando.

Maria. Tranquilízate.

Teresa. No puedo,
María, me acosa el miedo!
(*A Lucía.*)
No nos sorprenda Fernando.

Lucia. No salió?

Teresa. Se fue á vestir,
y ya no puede tardar.

Lucia. Bien me las pudo entregar,
y no obligar á sufrir!...

Teresa. Jesus!... estoy sofocada!

Maria. (*Ap. á Teresa.*)
Su prudencia da á entender,
no queriéndolas poner
en manos de una criada.

Teresa. Creo cuanto tú me dices,
mas luego empiezo á dudar...

Maria. Nadie quiere confiar
en los que son infelices!
Desde que á la tierra vino,
todos de él estan dudando;
infeliz!... vivir penando,
va á ser aqui su destino.

ESCENA III.

TERESA. LUCÍA.

Lucia. (*Observando en la puerta.*)
Que sale el señor.
(*Huye por el fondo derecha.*)
Teresa. Dios mio!
se van á encontrar ahora.

ESCENA IV.

FERNANDO. TERESA.

Fernando. A Dios, Teresa; me voy
á ver al tio: — me choca
hallarte tan retirada.
Qué es eso? Estás cavilosa...
Tienes algo?
Teresa. (*Disimulando.*) No, Fernando.
Fernando. Lo sentiria... y tan sola,
tú, que eres tan vivaracha,
tan amiga de la broma...
por fuerza... Sí, Teresina,
alguna pena te acosa.
Vamos, no seas cruel;
respóndeme: qué te enoja?
Quieres hacerme sufrir?
Aun no sé qué son zozobras,
pero si no te hallo alegre,
si estás como hoy pesarosa,
vas á hacer que yo tambien
el infortunio conozca.
Teresa. Tú, el infortunio!
Fernando. Si callas,
si estás triste coma ahora,
padeceré, no lo dudes;
tu vida es la mia propia,
y sufrir debe un esposo
si ve sufrir á su esposa.
Teresa. Fernando mio!
Fernando. Lo ves?

ya las lágrimas asoman
á tus ojos.

Teresa. Es el llanto
que la gratitud arroja.
No padezco... digo mal,
estoy padeciendo ahora,
porque tú sufres creyendo
que abrigo alguna zozobra,
y al ver sufrir á su esposo,
debe sufrir una esposa.

Fernando. Llena mi alma de placer
tu contestacion; mi gloria
es contemplarte, Teresa,
tan alegre como hermosa.
—Voy volando al ministerio;
vuelvo antes de media hora;
quiero ver si el nombramiento
de don Joaquin está en forma,
y si no, en cuatro minutos
le hago estender; no estés sola...
por qué no vas allá adentro?
aun siguen con mucha sorna
jugando á las damas...—Oye,
sabes que á cierta persona,
que entra en casa, me han dicho hoy
que observe?...

Teresa. (*Ap.*) Cielos!

Fernando. Es cosa
que me ha sorprendido; nunca
recelé... los pillos sobran,
pero él parece buen hombre.
—Vaya, no estés cavilosa;
busca á María y charlad,
consultaos vuestras cosas,
que yo doy la vuelta pronto.
A Dios. (*Abrazándola.*)

Teresa. A Dios. (*Ap.*) Qué zozobra!

ESCENA V.

TERESA.

Que observe le han dicho? sí,

Manuel es esa persona.
(*Asustada.*)
Oigo su voz... ah! no quiero
verme entre los dos ahora.
(*Huye por la puerta del fondo izquierda.*)

ESCENA VI.

MANUEL. FERNANDO.

Manuel. Te estrañará verme aqui?
Fernando. No, chico.
Manuel. Cierto suceso
acaecido al dejarte
en este mismo aposento...
Fernando. Y concerniente quizá
á aquella advertencia?...
Manuel. Cierto:
te encomendé que observáras...
Fernando. Pues mira, por mas que observo...
Manuel. Es que para ciertas cosas
los maridos estais ciegos.
Fernando. Hombre!... Manuel, poco á poco;
no sé con qué fundamento...
Manuel. No te alarmes y contesta.
Conoces si serás dueño
de dominarte un instante?
Fernando. Suprime todo rodeo;
las malas noticias pronto:
me haces un daño tremendo.
Manuel. Tranquilízate, no es nada,
lo vas á ver; pero quiero
que me dejes á mí obrar
solamente.
Fernando. Te concedo
cuanto quieras, pero acaba.
Manuel. Sabe, pues, que ese mozuelo
ha pretendido chancearse
con vosotros.
Fernando. No comprendo.
Manuel. Imitando á esa caterva
de usurpadores rateros

del bonor de las mugeres,
ha sospechado el muy necio
que encontraria en tu esposa...

Fernando. No sigas: estás bien cierto
de que ese infame?...

Manuel. Mas calma.

Fernando. Cara á cara nos veremos...

Manuel. Qué te he rogado, Fernando?
—Su plan no ha tenido efecto.
Vas á ofender á Teresa
injustamente, creyendo
que le ha dado algun motivo
para faltarle al respeto?

Fernando. Entonces...

Manuel. Ni ella lo sabe,
ni jamas debe saberlo.
A la primera intentona
cayó el pez en el anzuelo.
Mira el cuerpo del delito.

(*Enseñándole la carta qne le dió Roman en el acto segundo.*)

Fernando. Un billete!...

Manuel. No está abierto;
mas siendo para tu esposa,
puedes abrirle.

Fernando. Si puedo?...
y despues... despues, si es hombre,
pronto nos entenderemos.
(*Abre la carta y la ojea rápidamente.*)
Las mentiras de ordenanza...
Se habrá visto atrevimiento
semejante? (*Leyendo.*)—«Usted verá
cuánto mas vivo es el fuego
con que yo amo, y hallará
la diferencia al momento
que hay de un amante rendido
á ese marido de hielo!»
(*Quiere huir arrebatado y Manuel lo detiene.*)
—No me detengas, Manuel.

Manuel. Sí, Fernando, lo que quiero
es, que hagas lo que yo diga.

Fernando. Voy á tener el consuelo

de escupirle... miserable!

Manuel. Bah! Reflexiona un momento:
no merece su delito
mas castigo que el desprecio.

Fernando. Ahora me iba como un tonto
á llegar al ministerio
con la idea de estender
cuanto antes su nombramiento...

Manuel. No te detengas, pues, vete.

Fernando. Deliras?... Con ese objeto?

Manuel. Yo necesito que salgas
de casa, pero muy luego...
déjame obrar solo á mí.

Fernando. Pero hombre...

Manuel. Tengo ese empeño...
dame esa carta.

Fernando. (*Se la da maquinalmente.*) Esta carta?

Manuel. Soy tu amigo?

Fernando. Y verdadero.

Manuel. Pues entonces, media hora
de ausencia.

Fernando. Tú eres tremendo!
Me he de alejar de la hoguera
cuando estan tocando á fuego?

Manuel. Nada temas; ni una chispa
se ha encendido...

Fernando. Y qué proyectos
son los tuyos?

Manuel. Mira, vete,
Fernando...

Fernando. Cuenta que vuelvo
sin que se pase un minuto
de la media hora.

Manuel. Consiento.

Fernando. Pero hombre, cómo ha llegado
á tus manos?...

Manuel. Te prometo
decirlo, si me obedeces.

Fernando. En fin, chico, no sosiego...
hasta verme frente á frente
de ese miserable! quiero...

(*Al tiempo de salir se detiene como asaltado de una idea.*)

Ah! qué idea! — Trae la carta.

Manuel. Cuando vuelvas.

Fernando. (*Corriendo á la puerta.*) Hasta luego.
(*Volviendo á entrar precipitadamente.*)
No consientas que se escape
sin que yo le vea. (*Huye, fondo derecha.*)

Manuel. Bueno.

(*Toca la campanilla, y sale Roman por la puerta del fondo de la izquierda.*)

ESCENA VII.

MANUEL. ROMAN.

Manuel. (*Ap.*) Vamos á ver ahora á ese hombre
ignorante y altanero.
(*Alto.*) Acércate, visionario.

Roman. Ha visto usted aquel pliego?

Manuel. Le he visto.

Roman. Vamos, y qué?...

Manuel. Que anduviste muy ligero
en sospechar...

Roman. (*Insistiendo.*) Señorito!

Manuel. Vuelves á dudar?

Roman. No debo,
puesto que usted me asegura...

Manuel. Has de saber que es muy feo
abrigar esas sospechas
cuando no hay un fundamento.

Roman. Qué quiere usted?... hay ideas
que, en entrando en el cerebro,
no saben salir ya de él
sin escándalo... Me alegro
no haber salido profeta.

Manuel. Sírvate, pues, de escarmiento.
No se debe pensar mal
de nadie.

Roman. (*Ap.*) Al fin lo veremos.
(*Alto.*) Bien.

Manuel. Llama á don Baltasar.
Dile que hay un caballero
que quiere hablarle, que tiene

que revelarle un secreto.

Roman. Mire usted que la señora
está tambien allá dentro,
y si sale aqui su padre...

Manuel. Bien... y qué?... no te comprendo.

Roman. Quedará con don Joaquin...

Manuel. Dale! No se hable mas de eso.

Roman. (*Ap.*) Con todo, yo quedaré
de centinela perpetuo,
y á fé que no han de poder
continuar sus cuchicheos.

ESCENA VIII.

MANUEL.

La hora por fin ha llegado
que tanto tiempo anhelé;
el orgullo abatiré
del hombre que me ha ultrajado.
Y pues nada se le alcanza
á su escasa comprension,
justo es darle una leccion
con una noble venganza.
Al oir de la verdad
el acento decidido,
conocerá que ha vivido
en perpetua oscuridad?
Tal vez no; la Providencia
es justa, y al que da oro,
suele negarle el tesoro
de una clara inteligencia.

ESCENA IX.

MANUEL. DON BALTASAR.

Baltasar. Es usted el caballero
que á revelar viene aqui
secretos?

Manuel. El mismo, sí.

Baltasar. Pues inútil considero

cuanto pretenda decirme;
con que ya hemos concluido.

Manuel. No señor; ya que he venido,
va usted á tener que oirme.

Baltasar. Qué ideas son las que abriga?

Manuel. No las que está usted pensando;
porque le veo temblando
en congojosa fatiga,
creyendo que vengo á darle
de sus culpas el castigo,
y á lo que vengo hoy, amigo,
es á enseñarle, á enseñarle.

Baltasar. Qué necesito aprender?...

Manuel. Doscientas cosas que ignora,
y que me propongo ahora
hacérselas comprender.

Baltasar. Es usté en ardides diestro!
bien por sus planes lo vi;
pero lo que es para mí
es cortísimo maestro!

Manuel. Qué ardides los mios son?
Cuáles mis planes han sido?
Verme ultrajado, ofendido
por gentes sin corazon.
No es mi idea recordar
ofensas de lo pasado...
lo pasado está olvidado;
del presente voy á hablar.
—Sin duda usted, no contento
con su odio, abriga la idea
de que á todo el que me vea
inspire ese sentimiento.
Y cuál mi crímen ha sido?
En dónde mi falta está?
Es mi delito quizá
el haberle dirigido
mis obsequios á Teresa?
La ofendí con el amor
que me inspiró? No señor!
Si acaso es la razon esa
de la estraña ceguedad
con que muestra su rencor,

culpe usted, mas que á mi amor,
de su hija á la veleidad.

Baltasar. Qué atrevimiento!...

Manuel. No veo
ese atrevimiento yo.

Baltasar. Ella nunca á usted le amó.

Manuel. Por qué lo decia?

Baltasar. Creo
que fue una necia ilusion
de usted; á su corta edad...

Manuel. No se hace con frialdad
una abominable accion.
De la inocencia en la calma,
hay juegos mas seductores
que el de andar fingiendo amores
para envenenar un alma!
A qué inspirarme confianza
jurando una fé mentida,
para amargarme la vida
matándome la esperanza?
Por ventura, no merece
que se llame veleidad
tan clara frivolidad?...
Mas lo que á usted le estremece
en esta amarga querella,
no es su falsía, no, no:
es el saber como yo
que usted fue la causa de ella.

Baltasar. Por supuesto, usted queria
abusar de su inocencia,
amargar una existencia
consagrada á la alegría;
obligarla á recibir
de mi justa indignacion
una eterna maldicion
y condenarla á sufrir.
Soy su padre; su ventura
deseo mas que la mia;
por eso la libré un dia
de que hiciera una locura.

Manuel. Facilmente se adivina
que cumplió usted su deber;

lo apruebo; debe usté hacer
lo mismo con su sobrina.

Baltasar. María está prometida
á un jóven muy apreciable,
persona muy respetable,
de familia distinguida;
y despues que su eleccion
está hecha, creo vano
el solicitar su mano,
y menos su corazon.

Manuel. Su eleccion ha dicho usté?

Baltasar. Y he dicho bien.

Manuel. Impostura!
Esa pobre criatura
no ama á ese hombre, yo lo sé.

Baltasar. Contenta le da su mano.

Manuel. Infeliz!... Y qué ha de hacer?
Resignarse á obedecer
la voluntad de un tirano.
—Inspírale puro amor
un jóven á una doncella,
mas no manda en su pecho ella,
su padre es dueño y señor.
Dios forma los corazones
para sentir, para amar;
pero es fuerza sofocar
las cándidas emociones
que el amor ha despertado;
la paterna autoridad
es mas que la voluntad
del que todo lo ha creado.
Y pronuncia su sentencia,
y de su hija al fin dispone,
y á la sociedad la espone
con bárbara complacencia,
con sentimiento inhumano,
para que vaya al altar
con el que pueda pagar
á mayor precio su mano.
Luego es tan facil decir
á una hija de amor herida,
olvida, infeliz, olvida

al que te obliga á sentir
esa impresion dolorosa;
este hombre te he destinado;
serás feliz á su lado;
dale la mano de esposa.
Verá la felicidad
que su padre la asegura
la inocente criatura?
Sin duda; la sociedad
es muy docta y entendida,
y augura éxito dichoso
á la que encuentra un esposo
de familia distinguida.
No se acuerda usted del dia
que de esa manera obró?...
Como á Teresa casó,
va usté á casar á María.

Baltasar. Y qué es lo que usted intenta
con tan necias reflexiones?
Acaso de mis acciones
tengo que darle yo cuenta?

Manuel. Es que usted está pasando
por un error muy profundo,
si piensa que en este mundo
hay muchos como Fernando.

Baltasar. Doscientos.

Manuel. Cincuenta mil;
pero usted por no perder
mucho tiempo en escoger,
ha buscado un ente vil
para la pobre María.

Baltasar. Ya comprendo el fin...

Manuel. Pues no,
nada usted aun comprendió.
Mi afan es en este dia
hacerle á usté un beneficio.

Baltasar. Muchas gracias: no sabré?...

Manuel. A Teresa ha puesto usté
al borde de un precipicio.
Medite en ese papel
quién viene aqui con peor fin,
si el ilustre don Joaquin,

ó el plebleyo de Manuel.

Baltasar. (*Despues de ojear rápidamente la carta que le da.*) Seducir mi hija pretende!
—Yo le obligaré al traidor...

Manuel. A nada, no, no señor.
Sabe usted de qué depende
ese golpe inesperado?
Depende de no indagar
si el hombre que aqui ha de entrar
es villano ó es honrado.

Baltasar. Querrá usted asegurar
que se ve correspondido?

Manuel. Mi labio nunca ha querido
á la hija de usté infamar.
Si me hallára tal pensando
sería á la amistad fiel;
no estaria á solas él
con la esposa de Fernando.

Baltasar. (*Ap. con la mayor impaciencia.*)
Es verdad! (*Alto.*) Usted se goza
en atormentarme á mí,
por eso ha venido aqui.

Manuel. Oh! El corazon me destroza
de esa sospecha la hiel:
veo, señor, admirado,
que empezando por osado,
acaba usted por cruel.
Tranquilo se encuentra alli
el que pretende infamarle;
quien quiere el honor salvarle,
insultado se halla aqui.
Clara ve usted como el dia
la accion de aquel caballero:
que usted la compare espero
ahora con esta mia.

(*Toca la campanilla, y le dice á Roman que aparece en el fondo:*)

Baltasar. Qué intenta usté?

Manuel. (*Sin cuidarse de don Baltasar.*) A la señora
que salga sin dilacion. (*Se va Roman.*)
—Un paso que la razon
me aconseja dar ahora.

Tenia usted tanta urgencia
de separarla de mí,
que darle no conseguí
su amable correspondencia.
De ningun modo yo admito
la propiedad; todo pliego
de amores debe ir al fuego
por la mano que le ha escrito.
(*Mostrándole una de ellas abierta.*)
Lea bien ese renglon.
Me podrá negar usté
que lo que hizo despues fue
una mezquina traicion?

ESCENA X.

MANUEL. DON BALTASAR. TERESA.

Baltasar. (*Dejándose caer en la butaca y aparte.*)
Qué humillacion!
Manuel. Teresita,
acérquese usted aqui:
bien conozco que este paso
le va á obligar á sufrir,
pero es preciso; al papá
le he convencido por fin
de que aquello fue un capricho
de nuestra edad juvenil.
(*Le entrega un paquete de cartas, que ella toma sumamente ruborizada.*)
No hay una sola palabra
en ellas que haga vestir
esa frente de azucena
de sonrosado matiz.
Candor tan solo respiran:
la inocencia vertió aqui
sus bellas ideas, puras
como las auras de Abril.
Al recobrarlas, espero
que sentirá usted latir
su corazon, satisfecho

de saber que nunca en mí
hallará un acusador
de aquel error infantil,
sino un amigo que aspira
á la ventura sin fin
de merecer su amistad.
Si alcanzo, Teresa, así
tan dulce triunfo, no dude
ni un instante que, al salir
de esta casa para siempre,
saldré tranquilo y feliz.

Teresa. Gracias... Manuel... desde ahora
encontrará usted en mí
una amiga... (*Tendiéndole la mano.*)

Manuel. Basta ya.
(*A don Baltasar.*)
—Y me habré de despedir
sin el placer de que usted
comprenda al que late aquí?

Baltasar. (*Muy afectado, y levantándose avergonzado.*)
Discúlpeme usted, Manuel;
me debió usted maldecir...
pero nunca olvidaré
la leccion que recibí.
Si acreedor soy al perdon
que me es forzoso pedir...
cuente usted con un amigo...
con un padre... (*Abrazándole.*)

Manuel. Bien, así
deseaba verle á usted.
Ahora, ya fuerza es partir.
(*Ap. mirando á la puerta de la habitacion de María.*)
La he librado de un infame;
no será tan infeliz!...
(*Alto.*) Felicidad les deseo.
A Dios.

Baltasar. A Dios.

Teresa. (*Llorando.*) Ay de mí! (*Sentándose.*)

ESCENA XI.

DON BALTASAR. TERESA.

Baltasar. Hija mia! Hemos perdido
un buen amigo.
Teresa. A sufrir
se condena el desgraciado
al ausentarse de aqui.
Baltasar. Enjuga el llanto; la voz
de Fernando creo oir.
Teresa. (*Se levanta y se dispone á huir por el fondo izquierda, y su padre la detiene.*) Es verdad!
Baltasar. No... hija, no vuelvas
adonde está don Joaquin.
(*Queda admirada sin comprender el sentido de las palabras que dice su padre.*)

ESCENA XII.

DON BALTASAR. TERESA. FERNANDO. MANUEL.

Fernando. De nada sirve tu afan;
me has de obedecer al fin.
Dónde anda ese perillan? (*Ap. á Manuel.*)
Manuel. Está allá dentro. (*Ap. á Fernando.*)
Fernando. (*Llamando por el foro.*) Roman,
di que salga á don Joaquin.
(*Ap. á Teresa.*)
Sé la causa de la pena
que tu semblante anublaba.
Teresa. La sabes? (*Abrumada.*)
Fernando. (*Abrumado.*) Está serena,
que hoy toda impaciencia acaba.
Teresa. (*Ap.*) Dios mio!...

ESCENA XIII.

DICHOS. JOAQUIN. ROMAN.

Fernando. (*Dando la mano á Joaquin y despues á Manuel.*) La enhorabuena

mas cordial reciba usté,
y tú, Manuel.

Manuel. Cómo? yo?...

Fernando. De gracia al tio encontré,
le hablé de tí, le rogué,
y la china te tocó.

Baltasar. Es posible?

Fernando. Á no dudar.
—Al pais donde tu infancia
se deslizó entre el pesar,
tienes, Manuel, que marchar
de juez de primera instancia.

Manuel. Yo de juez?

Fernando. Y en buen partido!
la Providencia no es ruin.
—Pero aqui el favorecido,
el que un triunfo ha conseguido
es mi señor don Joaquin.

Joaquin. Hombre! De veras?

Fernando. Qué senda
va usted desde hoy á pisar!
La de usted sí que es prebenda;
es una cosa... estupenda; (*A todos.*)
de fijo, le va á espantar.

(*Le da un papel, y queda asombrado al reconocer su carta.*)

Joaquin. (*Ap.*) Mi carta!

Baltasar. (*Sorprendido.*) Ese papel?...

Fernando. Eh?
No es verdad que es buen bocado?
no se lo esperaba usté:
algun paso me ha costado.
(*Ap.*) Pobre mozo, le clavé.

Joaquin. (*Ap.*) He caido en el garlito!

Fernando. No dije que iba á espantarle?
es un empleo bonito;
pero tiene usté, amiguito,
que ir ahora mismo á ocuparle.

Joaquin. Comprendo.

Fernando. (*A todos.*) Desde este rato
no le vemos por aqui.

Joaquin. (*Ap.*) He sido un gran mentecato.

Fernando. Ya sabe que para mí
nunca pecará de ingrato.
Joaquin. Señores... (*Saludando.*)
Baltasar. Espere usté
que haga su encargo...
(*Entra en la habitacion de María.*)
Joaquin. (*Sorprendido.*) Mi encargo?
no adivino... esperaré.
(*Ap.*) Si con bien de aqui me largo,
no en otra me meteré.
Teresa. (*Ap.*) Qué es lo que aqui está pasando?
no entiendo esta algarabía.
Fernando. El amigo. (*A Manuel.*)
Manuel. (*A Fernando.*) Está temblando.
Fernando. Ha hecho negocio. (*A Manuel.*)

ESCENA XIV.

DICHOS. MARÍA. DON BALTASAR.

Baltasar. (*De la mano de María.*) María,
el señor te está esperando
para decirte que siente
dar un paso que es preciso;
va á hacer un viaje harto urgente,
y rescinde formalmente
desde ahora su compromiso.
Maria. De veras?
Manuel. (*Ap.*) Oh! la alegria
en su rostro se ha pintado!
Baltasar. Tú qué dices, hija mia?
Maria. Que por mí está disculpado.
Joaquin. Sí... en efecto, yo tenia...
pues... sí... cierta espedicion...
tenia...
Teresa. (*Ap.*) Qué turbacion!
Joaquin. Tengo... que...
Fernando. (*Ap.*) Yo sí que tengo
que completar la funcion!
Joaquin. (*Ap.*) Ni un instante me detengo.
Fernando. (*A Roman ap.*)
Me lo vas á solfear

en cuanto salga allá afuera:
descárgale sin mirar.

Roman. (*A Fernando.*)
Descuide usted; (*Ap.*) va á bajar
en un salto la escalera.

Joaquin. Señores! (*Saludando.*)

Todos. A Dios.

Fernando. (*Dándole la mano.*) Querido,
ya sabe que esta es su casa. (*Le acompaña.*)

Maria. (*Ap. á Teresa.*)
Teresa! Qué ha sucedido?

Teresa. (*Ap. á María.*)
Prima, si no he comprendido
nada de lo que aqui pasa.

ESCENA XV.

MARÍA. TERESA. MANUEL. DON BALTASAR. *Luego* FERNANDO.

Baltasar. (*Ap. á Manuel.*)
Aprendí bien su leccion?

Manuel. No se hable de aquello mas.

Fernando. (*Entrando ap.*)
Magnífico coscorron!
Que vuelva. (*Alto á Manuel.*) Tú me dirás
si eso colma tu ambicion.

Manuel. A tanto no se estendia:
mas dicha á Dios no pedí,
mientras sufriendo vivia,
que poder volver un dia
al suelo en donde nací.
Ver aquellos horizontes,
aquellas campiñas ledas,
cruzar las bellas veredas
que surcan sus verdes montes,
sentarme en las alamedas
junto al agua que murmura,
y orar en la sepultura
donde mis padres estan,
ha sido en mi desventura,
Fernando, todo mi afan.
Adivina la verdad.

del gozo que siento aqui,
pensando en lo que sufrí
para ir hoy con dignidad
al suelo en donde nací.

Fernando. Sí, Manuel, ya lo adivino.

Teresa. (*Ap.*) Infeliz! Tiene razon.

Fernando. Hoy te siembra ya el destino
de mil flores el camino.

Maria. (*Ap.*) Mal sofoco mi emocion.

Fernando. Despues de la tempestad
se ostenta mas claro el cielo:
(*Indicando el luto de María.*)
deja que la oscuridad
desaparezca del suelo.
Eh, María?... no es verdad?

Maria. (*Ap.*) Dios mio! (*Alto.*)
No he comprendido...

Manuel. Fernando! (*Ap. á Fernando.*)

Fernando. (*Sin hacer caso.*) Qué no? me alegro:
digo á mi amigo querido
que si ha desaparecido
la oscuridad... pues... lo negro...

Baltasar. (*Dándole la mano á Manuel con efusion.*)
Cuente usted desde este dia
con toda mi proteccion.

Manuel. Oh! gracias.

Teresa. (*Ap. á María.*) No oyes, María?

Maria. (*Ap.*) Dios mio!

Fernando. (*Con intencion.*) Yo ahora hablaria...

Manuel. Yo leo en su corazon.
Los que nacen para hollar
la senda del desconsuelo,
si se llegan á encontrar
en este mezquino suelo,
se comprenden sin hablar.
Los dos desde que nacimos
sobre espinas caminamos;
sufriendo nos conocimos...
¡ay! y desde que nos vimos
comprendiéndonos estamos.
Lleve ese luto afligida
mostrándose agradecida

de un buen padre á la memoria;
rogando estará en la gloria
por su María querida.
Y el dia en que bondadosa
con franco acento me diga,
seré contigo dichosa,
quien le da el nombre de amiga
mejor le dará el de esposa.

FIN DE LA COMEDIA.

DA, EDITOR

RS

USTO ANGUITA

RIA

RANCESA

Entregas 1.ª y 2.ª

3 0112 115869973